



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

Proyecto de Innovación y Mejora de la Calidad Docente

Convocatoria 2015

Nº de proyecto

217

Título del proyecto

***Los fundamentos cognitivos de la historiografía latina:
conceptos, metáforas e ideología***

Nombre del responsable del proyecto

Juan Luis Conde Calvo

Centro

Facultad de Filología

Departamento

Filología Latina

1. Objetivos propuestos en la presentación del proyecto

El presente proyecto de innovación docente se proponía generar recursos educativos en formato on-line concernientes a algunas de las obras y autores más importantes de la historiografía latina, incentivando un enfoque interdisciplinar y fomentando puntos de encuentro entre la labor filológica, la indagación de los recursos retóricos y el examen de los textos desde la tradición de la historia conceptual en la historia de las ideas.

En sus resultados había de destacarse la capacidad de la historiografía latina para formalizar un marco de percepción, más o menos legitimado social e institucionalmente, del poder y sus formas, de otros pueblos y culturas así como del sentido de la existencia humana y la formación del carácter. Esta tarea pretende contribuir al estudio de la genealogía de la configuración de ideologías clásicas y precisa de la colaboración de docentes de distintas especialidades de las ciencias humanas.

Los recursos educativos generados a lo largo del proyecto de innovación se expondrían en forma de ciclo de conferencias durante la Semana de la Ciencia 2015 y, posteriormente, se subirían a las plataformas digitales de la UCM con el fin de que pudieran ser utilizados por docentes, investigadores o estudiantes de la UCM.

De forma sumaria, los objetivos podrían enunciarse:

1) Creación de recursos educativos digitales utilizables por docentes, investigadores o cualquier otro interesado, ya sea en el terreno de la docencia presencial que se imparte en la UCM como en el aprendizaje tutorizado o en cualquier otra forma de aprendizaje no presencial, tanto por miembros de facultades de distintas especialidades de las Ciencias Humanas o Ciencias Sociales, o de cualquier otra facultad.

2) Fomentar y difundir el conocimiento de autores clásicos de las letras latinas. Prestaremos especial atención a autores pertenecientes a la historiografía latina. La realización del proyecto permitirá a la UCM proveer a sus estudiantes e investigadores de documentos de estudio sobre autores clásicos de las letras latinas que no siempre pueden ser estudiados en profundidad en las asignaturas ofertadas por los planes de

estudio de grado o posgrado, incluyendo autores fundamentales de la historiografía latina como Tácito, Plinio el Joven o Amiano Marcelino.

3) Crear grupos de trabajo de carácter interdisciplinar que puedan colaborar en el futuro en proyectos docentes o investigadores colectivos.

2. Metodología empleada en el proyecto

El planteamiento que hemos adoptado para describir las premisas ideológicas y cognitivas que subyacen a los relatos históricos no se restringe a la historiografía propiamente dicha, sino, conscientes de que la visión histórica permea otros proyectos literarios, también a géneros dependientes de esa visión histórica, como la épica, la epistolografía o la panegirística.

Hemos destacado así grandes tendencias ideológicas y cognitivas, tanto en una perspectiva a largo plazo de la historia como en la visión de circunstancias contemporáneas, lecturas ideológicas de episodios, uso de símiles y elementos metafóricos o conceptualización de emociones y sentimientos.

Los recursos educativos generados sobre esas bases se han expuesto en forma de ciclo de conferencias durante la Semana de la Ciencia 2015. Tal ciclo de conferencias permitió a los miembros del grupo dar a conocer los resultados de su investigación y valorar la recepción de dichos contenidos por parte de los asistentes.

Las intervenciones se han reelaborado a partir de esa experiencia hasta quedar listos para subirse a la plataforma digital.

3. Objetivos alcanzados

A continuación resumimos las distintas aportaciones:

1. El material titulado *Roma eterna y Roma decrepita* propone un recorrido histórico por los conflictos entre dos planteamientos ideológicos contradictorios. Tal como pueden encontrarse en las páginas de la narrativa histórica latina, hay dos concepciones del tiempo en la escritura de la historia: una cuyo modelo de tiempo es la vida del individuo, como una secuencia *irreversible* desde un principio hacia un final (visión biológica), y la que ve *un tiempo sin fin, reversible*, sucediéndose como ciclos, igual que las estaciones se suceden unas a otras año tras año (visión cíclica). La visión biológica sostiene un pensamiento decadentista y pesimista; la visión cíclica es optimista y augura una duración sin límites temporales al imperio de Roma.

El material adjunto incluye una traducción original e íntegra del capítulo 14,6 de las *Res Gestae* de Amiano Marceliono.

2. La conferencia *La muerte de Lucrecia como símbolo político* pone de manifiesto que algunos textos de Tito Livio, autor que los alumnos de Filología clásica y los de Historia que cursan "Lengua latina" traducen y comentan centrándose solo en aspectos lingüísticos e históricos, pueden analizarse en clave de relatos que fundamenta ideológicamente el poder establecido. Concretamente el pasaje que nos transmite el suicidio de Lucrecia para salvar el honor familiar, después de haber sido deshonrada por el hijo del último rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, ha sido utilizado en distintos momentos a lo largo de toda la historia de Occidente con fines ideológicos, no solo estrictamente políticos comparando unos regímenes con otros, sino también, desde la perspectiva de género, presentando a Lucrecia como modelo de comportamiento de las "mujeres decentes". Para ello se ha recordado la muerte de la joven esposa romana en todo tipo de textos literarios y se representado en obras de teatro, en obras de arte pictóricas, escultóricas, etc.

3. *Melancolía historiográfica y animalización del ser humano en Amiano Marcelino* presenta una selección textual que tiene la intención de ampliar y enriquecer la perspectiva acerca de las distintas corrientes de la historiografía de los estudiantes de Filología clásica, Filosofía e Historia. El material está elaborado con la intención de contribuir a un replanteamiento de la interpretación tradicional de estas fuentes de conocimiento de la dinámica interna y externa del poder en Roma.

4. *¿Historia antigua o historia reciente? Claves de la historiografía epistolar en Plinio el Joven y la figura del destinatario universal*, vertebrándose en la idea de “historiografía epistolar”, incide en la pertinencia de emplear documentos alternativos a los grandes tratados o poemas, para abordar la forma de dar cuenta de la historia y de mostrar los aspectos ideológicos de una época concreta. Un ejemplo de ello es el proceder de Plinio el Joven que, aunque estuvo muy interesado por la labor del historiador, no escribió ningún tratado. Lo que tenemos es, como herramienta de análisis y estudio, su abundante correspondencia, relevante en primer lugar para entender su pensamiento; en segundo lugar para analizar su vida, tan intrincada con los grandes personajes del devenir histórico de su tiempo debido a su posición social y a los altos cargos que ocupó; y para recabar información sobre la vida político social del Imperio de finales del siglo I y comienzos del siglo II.

5. Los materiales que ponemos a disposición del usuario en *Retórica canalla* pueden ser utilizados como recursos didácticos en exposiciones docentes para explicar los usos oratorios documentados en la obra del historiador latino Cornelio Tácito. El esquema de presentación contiene una breve presentación de la figura y de la obra de Tácito. Los textos seleccionados han sido extraídos fundamentalmente de la obra histórica conocida como *Anales*.

6. *Imperio y futilidad de la ira en Séneca*: en la extensa bibliografía con la que hoy contamos sobre el estoicismo romano no es poca la atención que ha recibido el tema de las pasiones. Es muy conocido y estudiado el modo en el que los pensadores estoicos concibieron la virtud como uso desapasionado de la razón, y al sabio como *apathetikós*, como aquél que se ha liberado del irracional *páthos* que conduce al error y al vicio. En consonancia con ello, también ha sido muy estudiada la atención que los integrantes de esta corriente de pensamiento dedicaron a cada una de las formas en las que ese irracional *páthos* se nos da, y entre ellos no ha sido el menos atendido Séneca.

4. Recursos humanos

1. MIEMBROS DEL EQUIPO

Investigador principal:

Conde Calvo, Juan Luis: Profesor titular de Filología Latina.

Resto de miembros del proyecto:

Barrasús Herrero, Juan Carlos: Doctorando en Filosofía UCM

Carrasco Conde, Ana: Profesora del Departamento de Historia de la Filosofía de la UCM.

Martín Puente, Cristina: Profesora de Filología Latina de la UCM.

Pajón Leyra, Ignacio: Profesor del Departamento de Historia de la Filosofía de la UCM.

Sánchez Madrid, Nuria: Profesora del Departamento de Filosofía Teorética de la UCM.

Justificación de los integrantes del grupo

Vicerrectorado

2. TÍTULOS DE APORTACIONES:

"Cartografías del poder y condición humana: ambivalencia de las emociones y procesos de animalización del ser humano en Tácito y Amiano Marcelino".
Prof. Nuria Sánchez Madrid

"¿Historia antigua o historia reciente? Claves de la historiografía epistolar en Plinio el Joven y la figura del destinatario universal" Prof. Ana Carrasco Conde.

"Retórica encanallada: usos oratorios en el mundo históricoliterario de Tácito " Doctorando UCM Juan Carlos Barrasús.

"Roma eterna y Roma decrepita: textos para la representación del decadentismo en la historiografía latina" Prof. Juan Luis Conde

5. Desarrollo de las actividades

1. Planificación y organización del ciclo de conferencias:

Junio 2015: Reunión organizativa. Discusión sobre el ciclo de conferencias, fechas, invitados, temas.

Julio 2015: Comienzo del trabajo individual.

Septiembre 2015: Primera reunión de seguimiento. Inicio de los trámites para solicitar créditos para el ciclo de conferencias.

Octubre 2015: Segunda reunión de seguimiento. Evaluación del avance de los trabajos e intercambio de materiales entre los miembros.

Noviembre 2015: Desarrollo del ciclo de conferencias sobre los fundamentos cognitivos de la historiografía latina en el marco de la Semana de la Ciencia 2015.

2. Reunión de todos los materiales docentes generados con motivo de la realización del PIMCD. Puesta a disposición de los recursos en repositorios y plataformas de la UCM y de acceso abierto.

3. Presentación de algunos de los materiales generados por distintos miembros del PIMCD en las asignaturas “Teoría de los géneros literarios”, “Latín básico” y “Literatura latina imperial”.

6. Anexos

Véanse archivos adjuntos



Universidad Complutense de Madrid
Proyecto de Innovación y Mejora de la Calidad
Docente

“Retórica encanallada: usos oratorios en el mundo histórico-literario de Tácito”

*Los fundamentos cognitivos de la historiografía latina:
conceptos, metáforas e ideología*

Barrasús Herrero, Juan Carlos
Enero de 2016

Tácito, narrador de la vida política en tiempos del Principado romano (S. I d. C)

- **Magistrado romano**, carrera política (*cursus honorum*) bajo gobierno de la dinastía Flavia (Vespasiano, Tito, Domiciano)
- **Testigo** de la **vida política** y social de las élites romanas en época del Principado romano. Narrador de la época imperial de la que es testigo: "Historias" época de los Flavios, y de la dinastía anterior de la que él no es testigo "Anales" Julio-Claudio)
- **Retiro** en la **vejez** de la **vida pública** y dedicación a la **escritura**. Verano de los Antoninos ("La pavorosa revolución", F. W. Walbank)
- **Obra de Tácito**: género híbrido para nosotros, no para los lectores contemporáneos de Tácito.
- **Elementos históricos, elementos literarios** en su obra.
- **Estilo literario hipérbolico** (J.L. Pardo; comentario de algún texto de Boris Vian)

Retórica y oratoria en mundo antiguo

- **Importancia del estudio** y desarrollo del arte retórico y oratorio en el mundo grecolatino (G. A. Kennedy, "A new history of classical rhetoric")
- **Abundancia de escritos** sobre retórica y oratoria en el mundo antiguo (Platón, Aristóteles, Isócrates, Cicerón)
- **Temas abordados** en diálogos y tratados: (1) teoría de la retórica/oratoria (2) técnicas retóricas (arte de escribir y hablar en público de manera persuasiva y exitosa)

Retórica y oratoria en mundo antiguo

- **Diversas actitudes** de escritores, filósofos, historiadores hacia el arte retórico y la oratoria: (1) rechazo y condena (Platón, Sócrates en "Gorgias"); (2) aceptación (Aristóteles en "Retórica"; "género deliberativo" adecuado para el ámbito de la argumentación política)
- **Divergencia de expectativas de estos escritores respecto de este arte:** Cicerón, efecto "civilizador" del hablar propio del hombre bueno y sabio "La invención retórica". ¿Hechizo del hombre?

¿Por qué estudio de usos oratorios en la obra de Tácito?

- ¿Cuál puede ser el **interés** del estudio de usos oratorios en la obra de Tácito?
- **Catálogo de usos oratorios** en la obra de Tácito ("Agrícola", "Historias", "Anales") dudosamente centrados en la búsqueda de la verdad o del bien, poco "deliberativos", movidos por la competencia descarnada entre individuos o grupos, voluntad de dañar la reputación del contrincante, acusaciones sin pruebas, búsqueda de cualquier pretexto para expulsar de la competición por bienes (cargos, Delación, injuria, calumnia).
- **Usos oratorios** ejercidos desde la absoluta dependencia política y económica. Ruegos, súplica.
- **Clima de una época** presidida por la acusación de casi todos contra casi todos (Texto N°1).

Texto nº 1: Clima de una época presidida por la acusación implícita o explícita

“Fue lo más nefasto que aquellos tiempos tuvieron que soportar: los principales de entre los senadores ejerciendo incluso las delaciones más rastreras, unos a la luz del día, muchos ocultamente; y no se distinguían los extraños de los allegados, los amigos de los desconocidos, lo que era reciente de lo que ya resultaba oscuro por la vejez; se acusaban por igual las palabras dichas sobre el tema que fuera en el Foro y en la mesa, pues algunos se apresuraban a tomar la delantera y a elegir un acusado, otros por protegerse, y los más como contagiados por una enfermedad infecciosa.”

Tácito, *Ann.* VI, 7

Usos oratorios en la obra de Tácito

- Todos los personajes agentes y pacientes de la trama narrativa son objeto potencial de acusación. Indiferencia hacia la corrección de las razones esgrimidas para acusar. Peligro de la acusación generalizada: “cinismo” de la justificación (Texto nº 2):
- “Ni siquiera las mujeres estaban libres de peligros; y como no se podía acusarlas de pretender hacerse con el estado, se las inculpaba por sus lágrimas; y así fue ejecutada la anciana Vicia, madre de Fufio Gémino, por haber llorado el asesinato de su hijo. Esto era lo que se hacía en el senado.”

Tácito, *Ann.* VI, 10

Usos oratorios en la obra de Tácito

- Vaivenes de la retórica encanallada (puesta en marcha por Tiberio, expansión, represión moda ya no reprimible). Vaivenes de la retórica canalla (expansión, contracción). Figura del delator “exitoso”. Texto N°3:

“Vale la pena contar las acusaciones que se intentaron en los casos de Falanio y Rubrio, caballeros romanos modestos, para que se sepa con qué principios, por qué estudiadas artes de Tiberio se fue abriendo paso esta grave calamidad; cómo luego se reprimió, para estallar a la postre invadiéndolo todo [...] Adoptó éste [Hispon] una forma de vida que luego las miserias de los tiempos y las audacias de los hombres pusieron de moda. En efecto, pobre, desconocido, inquieto, tras haber accedido a la crueldad del príncipe con libelos secretos, se dedicaba luego a poner en peligro a los hombres más ilustres; habiendo conseguido el poder ante uno solo, el odio ante todos, dio un ejemplo siguiendo el cual algunos de pobres se hicieron ricos, de hombres despreciables pararon en personales temibles, buscando la perdición a otros y, a la postre, a sí mismos.”

Tácito, *Ann. I. 73-74*

Usos oratorios en la obra de Tácito

- En tal clima de desconfianza los golpeados solo pueden implorar clemencia y sustento para los hijos deseados por emperador no por padres del niño. La figura del suplicante desesperado. (Texto nº 4):

“También elevó [Tiberio] las rentas de algunos senadores, por lo que resultó más sorprendente la altivez con que recibió las suplicas de Marco Hórtalo, joven noble que se hallaba en pobreza manifiesta. [Marco Hórtalo] comenzó a hablar en estos términos: « Senadores, a estos niños cuya tierna edad y número podéis ver por vosotros mismos, no los traje al mundo por mi propia voluntad, sino porque el príncipe me lo aconsejaba; y también mis mayores merecían tener una posteridad [...] Por orden del emperador tomé esposa. ¡He ahí a la estirpe y linaje de tantos cónsules, de tantos dictadores! Y esto no lo cuento para ganarme envidias ni misericordias. Recibirán bajo tu imperio floreciente, César, los honores que tú les des; entretanto, a los biznietos de Quinto Hortensio, a los que deben su existencia al divino Augusto, defiéndelos de la miseria.»”

Tácito, *Ann.* II, 37

Usos oratorios en la obra de Tácito

- Presentación ante el público del emperador ¿Falsedad? Desinterés por su situación personal (Texto N° 5):

“«Yo, senadores, quiero ser mortal, desempeñar cargos propios de hombres, y darme por satisfecho con ocupar el lugar primero; os pongo a vosotros por testigos de ello, y deseo que lo recuerde la posteridad, que bastante tributo, y aun de sobra, rendirá a mi memoria con juzgarme digno de mis mayores, vigilante de vuestros intereses, firme en los peligros e impávido ante los resentimientos por el bien público. Éstos son mis templos, los edificados en vuestros corazones; éstas las más bellas estatuas y las duraderas [...] Por tanto, suplico a los aliados, a los ciudadanos, y a los propios dioses y diosas, a éstos que me den hasta el final de la vida un espíritu en paz y entendedor del derecho humano y divino, a aquéllos, que cuando yo haya desaparecido, acompañen mis hechos y la fama de mi nombre con alabanzas y buenos recuerdos.»”

Tácito, *Ann.* IV, 38

Debate sobre oratoria y poesía

- Todo esta "atmósfera" produce un debate propio del S. I d. C.: debate sobre el "**declive de la oratoria**" (Pseudo-Longino "Sobre lo sublime", Tácito "Diálogo sobre los oradores")
- **Elementos de la discusión** (1) ¿Por qué la oratoria está en declive? Distintas respuestas: ausencia de libertad, desinterés de los jóvenes por el cultivo de este arte (2) ¿Es mejor dedicarse a la oratoria o a la poesía en tiempos de declive de la "política"?
- En tal escenario ¿mejor dedicarse a la poesía o a la oratoria? Temática del "Diálogo sobre los oradores". Debate a cuatro Materno, Mesala, Julio Secundo, (Texto nº 6)

Texto N°6: ¿Poesía u oratoria?

“Materno respondió: «Me desconcertaría esta severidad tuya, si la frecuente y asidua discusión entre nosotros no la hubiera convertido ya casi en costumbre. Pues ni tú dejas de atacar y de hostigar a los poetas y yo, a quien echas en cara el abandonar la abogacía, ejerzo este diario patrocinio de defender frente a ti la labor poética. Me alegro más, por tanto, de que se nos haya ofrecido la oportunidad de un juez que me prohíba hacer versos en el futuro o, lo que deseo ya hace tiempo, me induzca con su propio prestigio a que, abandonando las limitaciones de las causas judiciales, en las que he sudado lo suficiente y más, cultive aquel género literario más noble e ilustre.”

Tácito, *Orat.* 4

SEMANA DE LA CIENCIA 2015

PROYECTO DE INNOVACIÓN EDUCATIVA UCM

LOS FUNDAMENTOS COGNITIVOS DE LA HISTORIOGRAFÍA LATINA: CONCEPTOS, METÁFORAS E IDEOLOGÍA

«Melancolía historiográfica y animalización del ser humano en Amiano Marcelino»

NURIA SÁNCHEZ MADRID (UCM)

La obra *Res Gestae* del historiador romano tardío Amiano Marcelino resulta paradigmática de lo que podría denominarse historiografía de la decadencia de Roma, lo que la convierte en un campo de manifestación privilegiado de las fricciones y desajustes progresivos que experimenta la imagen temporal de la eternidad del Imperio, considerado como modelo inmarcesible de virtud política y civil, así como de estabilidad histórica. Asistimos en esta obra al proceso mediante el que aquella imagen móvil de la eternidad se marchita en las propias manos de quien intenta levantar acta de sus pecios. Amiano Marcelino no oculta al lector que en su tiempo “todo lo que era sólido se evapora en el aire”, sin perder por ello la esperanza de conseguir movilizar con su denuncia a los ánimos que aún cuentan con alguna semilla de arrojo y respeto a las tradiciones periclitadas. Es llamativo cómo Amiano busca con sus descripciones —con frecuencia prolijas— apelar y reconstruir la unidad de un mundo ya desaparecido ante sus ojos, del que solo quedan despojos corruptos, al tiempo que muestra una notable displicencia con respecto a pueblos que representan *lo otro* del romano —los bárbaros, los hunos, esos *bestias bípedas*—. Desea seguir contando con una imagen que seguramente solo fue fruto de una retórica pensada para producir precisamente un ideal clásico en términos culturales y políticos, mientras que rechaza otras imágenes bien reales que le suministra su propia experiencia personal a la llegada a la Ciudad Eterna.

El propósito de seleccionar esta serie de pasajes de la obra de Amiano Marcelino es fundamentalmente el de mostrar que *otra historia de la historiografía romana es posible*, en la línea de la investigación que en este campo desarrolla Juan Luis Conde, IP del Proyecto de Innovación, desde hace años en la Universidad Complutense de Madrid. Especial atención seguiremos dedicando, a partir del marco dibujado por la selección textual, a la multiplicidad y usos de las metáforas animales en el texto de Amiano. En efecto, puede decirse que la bestia y el ser humano nunca estuvieron tan cerca como en las páginas que debemos al historiógrafo antioqueno, hasta el punto de invitar a establecer contraposiciones puntuales con varios escritos de Kafka. No es de extrañar tal proliferación de imágenes en las que el animal muestra su insidiosa proximidad con lo humano, toda vez que esta expresa justamente que los usos y las cabezas parecen haberse salido de sus goznes a finales del siglo IV d.C., así como señala en dirección a la heterogeneidad espiritual que muestran los individuos procedentes de otras etnias, amén de enemigos que amenazan al otrora seguro Imperio. El mundo de Amiano se ha

animalizado quizá porque determinadas pasiones y propósitos, antes vedados en el espacio público, han comenzado a hacer acto de presencia en esa *cara oculta de la eternidad* en la que la historiografía busca generalmente apoyo y que es el *tiempo de la crisis*. Es bien posible que Amiano hubiese preferido narrar y enjuiciar otros tiempos y acontecimientos, pero como habitante del Imperio Romano tardío no puede sino recoger las conductas, aspiraciones y temores propios de aquella época en los términos de una suerte de ganga de un pasado esplendoroso. La pregunta más necesaria que debería despertarse en profesores y estudiantes que se acerquen a estos textos sería la de si ese *realismo*, lejos de explicarse únicamente como decadencia de una época clásica carente de esos defectos y corruptelas, no corresponde más bien con una historia profunda a la que generalmente el *Clasicismo* teme como el peor de sus enemigos, precisamente porque encierra bastantes elementos de lo que podríamos considerar su *verdad oculta*. Desde estas coordenadas de interpretación pretendemos leer y seguir analizando la profundidad de la mirada historiográfica de Amiano Marcelino.

Selección de textos de *Res gestae* de Amiano Marcelino (350-400 d.C.)¹

Esquema de la selección

La obra *Res Gestae* de Amiano Marcelino (Antioquía 330 - Roma 400 d.C.) podría dividirse en 3 partes:

- a) 14 primeros libros, perdidos (sucesos desde el 96 en continuidad con las Historias de Tácito -353, fecha en la que Amiano se encuentra ya a las órdenes de Ursicino).
- b) Libros 15-25 (353-363, reinado de Juliano, luces y sombras, cristianismo como religión *absoluta et simplex*)
- c) Libros 26-31 (La división del Imperio, antes de la breve unificación de Teodosio 378-395 - reinados de Valentiniano 364-375 y Valente, 364-378)

Libros 15 y 26: pasajes programáticos, lo que hace pensar que la obra fue distribuida y leída en público en diferentes momentos.

A

La metodología en historiografía

15.1.1 El historiador y la selección de los hechos: legitimidad de la autopsia herodotea y de la localización de fuentes autorizadas.

26.1.1 y 29.3.1 Compromiso con la verdad y la dificultad para mantenerlo cuando los sucesos narrados están próximos a nosotros

—————La descripción ha de ser cuidadosa y prolija, sin temor a la acusación de excesiva extensión, si bien debe priorizarse siempre lo sustancial y esencial, no minuciosidades y elementos secundarios (vd. ej 26.1.1) cuya enumeración sería como intentar levantar acta de los átomos que pueblan el aire circundante.

¹ Texto latino de las *Res gestae* extraído de: <http://www.thelatinlibrary.com/ammianus/14.shtml>
La traducción española parte de la traducción de M.^a Luisa Harto Trujillo para Akal, modificada por mí.

31.16.9 Siendo como soy militar y griego. Cesión del testigo a quien continúe la tarea de continuar la tarea historiográfica

B

Historiografía y melancolía

14.6.2-5 y 7-8: Contraste entre la previsión de duración eterna de Roma y decadencia del pacto Fortuna-Virtud. La futilidad de los honores romanos y el juicio de Catón.

14.6.12-13: *Las costumbres de los ricos*. El clientelismo, el escándalo de los extranjeros, la vida pública sepultada por la celebración de banquetes y el gusto por lujos excesivos.

—————15-16 y 18-19: veto a los hombres eruditos y sobrios. Los cantantes han expulsado a los filósofos y los maestros de artes lúdicas a los profesores de elocuencia. Cierre de bibliotecas y florecimiento de los grandes espectáculos. El hecho reciente de la expulsión de los extranjeros de Roma, incluidos los científicos y profesionales liberales, a excepción de bailarinas, coristas, figurantes y directores. *Olvido de las letras e invasión del negocio del entretenimiento*.

28.4.16-17: perversión del castigo. Condena de menudencias propias de un público cortesano e impunidad de los grandes delitos.

31.5.14: *Exemplum* de la recuperación de una situación de crisis en tiempos de Marco Aurelio.

28.4.29 y 34: *Las costumbres de los pobres*. El pueblo ha hecho del Circo Máximo su templo. Solo se ocupan de beber y comer. Comparación del pueblo hambriento con anatomistas rodeando al sabio Demócrito examinando al escalpelo las entrañas de un animal. *La mala relación de la historiografía con el pueblo, reducido a una pieza manipulada por la construcción ideológica. Fuera de la identidad ideológica no hay ningún interés por los intereses del pueblo, que no pueden ser otros que la salus Imperii*.

El trasfondo bestial del ser humano

14.7.13 – El emperador Galo como una serpiente perseguida por armas y piedras, ante una revuelta provocada por el cuestor Montio. Tras ello, Galo se dedica a sembrar el horror por las provincias de Oriente, sin distinguir entre culpables e inocentes, “La Justicia, perturbada, abandonó los tribunales” (14.7.21).

14.9.9 – Galo como un león que ha devorado varios cadáveres, seguía maquinando acusaciones.

15.3.3 – En la corte de Constancio proliferaban los individuos dispuestos a dar dentelladas como fieras a altos cargos, ya fueran ricos o pobres, no como los hermanos que ayudaron a Verres a delinquir.

15.3.5 – Mercurio, “Conde de los sueños”, semejante a un perro fiero que se hace el sumiso, como ejemplo de cortesano vil durante el Imperio de Constancio.

15.7.4 El prefecto Leoncio observa con dura mirada las bandas que se agolpaban como serpientes en torno a su carruaje.

16.5.7. Los bárbaros comparados con fieras desenjauladas. Levantamientos bárbaros en tiempos de Juliano.

16.8.12: Si Constantino abrió el apetito feroz de sus cortesanos, Constancio los cebó con los bienes de las provincias.

27.6.1: Rústico Juliano, candidato a suceder a Valentiniano, hombre ávido de sangre humana y movido por impulsos animales.

28.1.7 y 10: Maximino, vice-prefecto de Roma bajo el Imperio de Valentiniano, de serpiente invisible bajo tierra a fiera liberada de su encierro en el anfiteatro.

31.2.2 y 31.2.11. La altura deforme de los hunos y similitud con los animales irracionales, que no distinguen entre lo honesto y lo deshonesto y rompen acuerdos en un solo día. *Construcción ideológica del enemigo, el salvaje y no civilizado.*

El método del historiador: objetividad y selección de lo esencial

Res gestae (=RG), 15.1.1: Utcumque potuimus veritatem scrutari, ea quae videre licuit per aetatem, vel perplexe interrogando versatos in medio scire, narravimus ordine casuum exposito diversorum: residua quae secuturus aperiet textus, pro virium captu limatius absolvemus, nihil obtrectatores longi, ut putant, operis formidantes. Tunc enim laudanda est brevitatis cum moras rumpens intempestivas nihil subtrahit cognitioni gestorum.

RG, 15.1.1: En la medida en que hemos podido escudriñar la verdad, se ha resumido según el orden de los acontecimientos lo que hemos visto en persona y recogido minuciosamente de boca de las personas que participaron en aquéllos. En el periodo que sigue ahora seremos más prolijos con extremo cuidado y en la medida de nuestras fuerzas; sin retroceder ante lo que los críticos maliciosos podrían llamar una longitud pesada de la obra. La concisión que debe alabarse es aquella que prescinde de lo accidental sin perder nada de lo substancial en el conocimiento de los hechos.

RG, 26.1.1: *Dictis inpensiore cura rerum ordinibus ad usque memoriae confinia propioris convenerat iam referre a notioribus pedem, ut et pericula declinentur veritati saepe contigua, et examinatores contexendi operis deinde non perferamus intempestivos, strepentes ut laesos, si praeteritum sit, quod locutus est imperator in cena, vel omissum quam ob causam gregarii milites coerciti sunt apud signa, et quod non decuerat in descriptione multiplici regionum super exiguis silere castellis, quodque cunctorum nomina, qui ad urbani praetoris officium convenere, non sunt expressa, et similia plurima praeceptis historiae dissonantia, discurrere per negotiorum celsitudines adsuetae, non humilium minutias indagare causarum, quas si scitari voluerit quispiam, individua illa corpuscula volitantia per inane, atomous, ut nos appellamus, numerari posse sperabit.*

RG, 26.1.1: Hemos llevado con sumo cuidado la narración hasta el punto en que comienza la época actual. Al llegar a este periodo, en el que la generación presente ha sido testigo de los hechos, tal vez sería prudente no continuar, porque la verdad es peligrosa muchas veces, y además, porque muchos creen que se les ofende si el historiador omite una palabra que el príncipe pronunció en la mesa, si no dice terminantemente por qué se castigó a los soldados ante las insignias, o si su discreción omite una choza en la descripción, ya prolíja, de alguna comarca y no menciona individualmente a todos los que asistieron a la toma de posesión de algún pretor.

Estas minuciosidades son contrarias a la mayoría de preceptos del historiador, que ha de atender a las cosas generales y no indagar los detalles de las secundarias. Además, empeñarse en consignarlos todos sería como querer contar los corpúsculos que llenan el espacio y que llamamos átomos.

RG 29.3.1: *His et mihi vertenti stilum in Gallias confunditur ordo seriesque gestorum, inter multa et saeva Maximinum reperiens iam praefectum, qui potestate late diffusa scaevum imperatori accesserat incentivum, maiestati fortunae miscenti licentiam gravem. quisquis igitur dicta considerat, perpendat etiam cetera, quae tacentur, veniam daturus ut prudens, si non cuncta complectimur, quae consiliorum pravitas crimina in maius exaggerando commisit.*

RG 29.3.1: Debemos interrumpir aquí la serie de los acontecimientos de Oriente, para atender a los que tenían lugar en la Galia. Entre otras calamidades encontramos aquí a Maximino desempeñando la prefectura del pretorio, con la inmensa autoridad que lleva consigo este cargo; auxiliar terrible de las pasiones de un soberano demasiado dispuesto ya al abuso del poder. Lo poco que diremos de los hechos bastará, a quien considere lo dicho, para dar la medida de lo que pasaremos en silencio, omitiendo el cuadro completo de los furores del despotismo extraviados por depravados consejos.

RG 31.16.9: *Haec ut miles quondam et Graecus, a principatu Caesaris Nervae exorsus ad usque Valentis interitum pro virium explicavi mensura: opus veritatem professum numquam, ut arbitror, sciens silentio ausus corrumpere vel mendacio. scribant reliqua potiores, aetate doctrinisque florentes. quos id, si libuerit, adgressuros, procudere linguas ad maiores moneo stilos.*

RG 31.16.9: He narrado lo sucedido entre el principado de Nerva y la muerte de Valente, en la medida en que me lo permitían mis fuerzas, siendo como soy antiguo militar y griego. Nunca he intentado, en mi opinión, corromper la verdad a sabiendas, ni con omisiones ni con mentiras. Que escriban a continuación aquellos que estén en condiciones de hacerlo, ya por su edad o por su conocimiento. Pero si a alguien le tienta realizar esta empresa, le aconsejo que aguce su lengua y que adopte un estilo más elevado.

Historiografía y melancolía: las causas de la decadencia de Roma

RG, 14.6.2-5 y 14.6.7-8: *Et quoniam mirari posse quosdam peregrinos existimo haec lecturos forsitan, si contigerit, quamobrem cum oratio ad ea monstranda deflexerit quae Romae gererentur, nihil praeter seditiones narratur et tabernas et vilitates harum similis alias, summatim causas perstringam nusquam a veritate sponte propria digressurus. Tempore quo primis auspiciis in mundanum fulgorem surgeret victura dum erunt homines Roma, ut augetetur sublimibus incrementis, foedere pacis aeternae Virtus convenit atque Fortuna plerumque dissidentes, quarum si altera defuisset, ad perfectam non venerat summitatem. 4 Eius populus ab incunabulis primis ad usque pueritiae tempus extremum, quod annis circumcluditur fere trecentis, circummurana pertulit bella, deinde aetatem ingressus adultam post multiplices bellorum aerumnas Alpes transcendit et fretum, in iuvenem erectus et virum ex omni plaga quam orbis ambit immensus, reportavit laureas et triumphos, iamque vergens in senium et nomine solo aliquotiens vincens ad tranquilliora vitae discessit. 5 Ideo urbs venerabilis post superbas efferatarum gentium cervices oppressas latasque leges fundamenta libertatis et retinacula sempiterna velut frugi parens et prudens et dives Caesaribus tamquam liberis suis regenda patrimonii iura permisit. [...] Sed laeditur hic coetuum magnificus splendor levitate paucorum incondita, ubi nati sunt non reputantium, sed tamquam indulta licentia vitiis ad errores lapsorum ac lasciviam. Ut enim Simonides lyricus docet, beate perfecta ratione vieturo ante alia patriam esse convenit gloriosam. 8 Ex his quidam aeternitati se commendari posse per statuas aestimantes eas ardentem adfectant quasi plus praemii de figmentis aereis sensu carentibus adepturi, quam ex conscientia honeste recteque factorum, easque auro curant inbracteari, quod Acilio Glabrioni delatum est primo, cum consiliis armisque regem superasset*

Antiochum. Quam autem sit pulchrum exigua haec spernentem et minima ad ascensus verae gloriae tendere longos et arduos, ut memorat vates Ascraeus, Censorius Cato monstravit. Qui interrogatus quam ob rem inter multos... Statuam non haberet malo inquit ambigere bonos quam ob rem id non meruerim, quam quod est gravius cur inpetrauerim mussitare.

RG, 14.6.2-5 y 14.6.7-8: Pero comprendo la admiración del extranjero que lea este libro, y no encuentre más que sublevaciones, escenas de embriaguez y otras abominaciones en el relato de lo que aconteció en Roma en aquella época. Es indispensable, pues, una explicación, y la daré breve y sincera en cuanto dependa de mí, sin faltar voluntariamente a la verdad. En el momento en que Roma, cuya duración igualará a la de los hombres, apareció en el mundo, se cerró un pacto entre la Fortuna y la Virtud, tan separadas hasta entonces, para favorecer de común acuerdo el maravilloso desarrollo de la naciente ciudad. Si una u otra hubiesen faltado, Roma no hubiera podido llegar al pináculo de grandeza que ha alcanzado. El pueblo romano desde la cuna hasta el tiempo en que terminó su infancia, periodo de cerca de tres siglos, combate alrededor de sus murallas. Guerras muy rudas ocupan también su adolescencia, y entonces cruza los Alpes y el mar. Para él, la edad viril es una serie de triunfos; recorre el mundo, y cada país que visitan sus armas le proporciona cosecha de laureles. Al fin llega la vejez, y a pesar de que su nombre solo consigue todavía victorias, aspira al descanso. Entonces, la venerable ciudad, satisfecha de haber domeñado las naciones más altivas y fundado una Constitución que salvaguarda eternamente la libertad de sus hijos, eligió entre ellos a los Césares para encargarles, como a prudentes padres de familia, la administración del patrimonio común. [...] Pero este noble Senado vio empañado su esplendor por la disoluta ligereza de algunos de sus miembros, que no se contenían en el vicio, entregándose a desórdenes de toda clase, sin querer recordar en qué suelo nacieron; porque, como dice el poeta Simónides, no hay felicidad completa si la patria no es gloriosa. Hubo entre aquellos hombres quienes creyeron eternizar sus nombres haciéndose elevar estatuas, cual si les recompensasen mejor inertes imágenes de bronce que el testimonio de su conciencia. Hasta hacen dorar para ellos el metal, siendo Acilio Glabrión el primero que obtuvo este homenaje, cuando por su conducta, tanto como por sus armas, puso término a la guerra de Antíoco. ¡Cuánto mejor es hacerse superiores a honores tan pueriles, no aspirar más que a la verdadera gloria y no caminar sino por el largo y penoso sendero que describe el poeta de Ascra! Catón el Censor lo demostró cuando, interrogado por qué no se encontraba su estatua entre las de tantos varones ilustres, respondió: «Prefiero que pregunten los buenos por qué razón no la merecí que —lo que sería mucho peor— el que murmuren acerca de cómo la conseguí».

Las costumbres de los ricos

RG, 14.6.12-13: *At nunc si ad aliquem bene nummatum tumentemque ideo honestus advena salutatum introieris, primitus tamquam exoptatus suscipieris et interrogatus multa coactusque mentiri, miraberis numquam antea visus summam virum tenuem te sic enixius observantem, ut paeniteat ob haec bona tamquam praecipua non vidisse ante decennium Romam. 13 Hacque adfabilitate confisus cum eadem postridie feceris, ut incognitus haerebis et repentinus, hortatore illo hesterno clientes numerando, qui sis vel unde venias diutius ambigente agnitus vero tandem et adscitus in amicitiam si te salutandi adsiduitati dederis triennio indiscretus et per tot dierum defueris tempus, reverteris ad paria perferenda, nec ubi esses interrogatus et quo tandem miser discesseris, aetatem omnem frustra in stipite conteres summittendo.*

RG, 14.6.12-13: También ahora, honrado extranjero, si te diriges a presentarte en casa de uno de nuestros ricos, tan orgullosos de su opulencia, en el primer momento te recibirá con los brazos abiertos; te hará pregunta tras pregunta, hasta que te obligue a mentir, con tal de no guardar silencio. Maravillado, tú que eres humilde, de verte tan agasajado en la primera visita por un personaje de tanta importancia, casi te arrepentirás de no haber venido a Roma diez años antes. Halagado por tanta afabilidad, volverás al día siguiente; pero ya no serás más que un intruso, un importuno, y te hacen esperar. El que tan bien te recibió la víspera tiene otras ocupaciones, está

saludando a sus clientes. Necesita mucho tiempo para recordar quién eres y de dónde vienes: al fin se acuerda de tu semblante, y ya eres amigo suyo. Después de tres años de asidua salutación, no se te ocurra ausentarte; al regreso tendrás que comenzar de nuevo: y en cuanto a preguntarse qué ha sido de ti, pensará tanto en ello como si no pertenecieses a este mundo. Pasarás la vida en su portal suplicando en vano por una limosna.

RG, 14.6.15-16 y 18-19: *Homines enim eruditos et sobrios ut infaustos et inutiles vitant, eo quoque accedente quod et nomenclatores adsueti haec et talia venditare, mercede accepta lucris quosdam et prandiis inserunt subditicios ignobiles et obscuros. 16 Mensarum enim voragines et varias voluptatum inlecebras, ne longius progrediar, praetermitto illuc transiturus quod quidam per ampla spatia urbis subversasque silices sine periculi metu properantes equos velut publicos signatis quod dicitur calceis agitant, familiarium agmina tamquam praedatorios globos post terga trahentes ne Sannione quidem, ut ait comicus, domi relicto. Quos imitatae matronae complures opertis capitibus et basternis per latera civitatis cuncta discurrunt. [...]18 Quod cum ita sit, paucae domus studiorum seriis cultibus antea celebratae nunc ludibriis ignaviae torpentis exundant, vocali sonu, perflabili tinnitu fidium resultantes. Denique pro philosopho cantor et in locum oratoris doctor artium ludicrarum accitur et bybliotheccis sepulcrorum ritu in perpetuum clausis organa fabricantur hydraulica, et lyrae ad speciem carpentorum ingentes tibiaeque et histrionici gestus instrumenta non levia. 19 Postremo ad id indignitatis est ventum, ut cum peregrini ob formidatam haut ita dudum alimentorum inopiam pellerentur ab urbe praecipites, sectatoribus disciplinarum liberalium inpendio paucis sine respiratione ulla extrusis, tenerentur minimarum adseclae veri, quique id simularunt ad tempus, et tria milia saltatricum ne interpellata quidem cum choris totidemque remanerent magistris. 20 Et licet quocumque oculos flexeris feminas adfatim multas spectare cirratas, quibus, si nupsissent, per aetatem ter iam nixus poterat suppetere liberorum, ad usque taedium pedibus pavimenta tergentes iactari volucriter gyris, dum exprimunt innumera simulacra, quae finxere fabulae theatrales.*

RG, 14.6.15-16 y 18-19: La puerta está cerrada a los hombres eruditos y sobrios: estos hombres no sirven para nada, y su presencia atrae la desgracia. Añadid a esto los interesados fraudes de los *nomenclatores*, gentes que obtienen dinero de todo y no vacilan en introducir un nombre subrepticio, ni en imponer a la hospitalidad y munificencia de los grandes sujetos desconocidos y hasta indignos. No insistiré en esas vorágines que se llaman banquetes, ni los mil refinamientos que despliega en ellos la sensualidad. Dejaré a un lado de esas extravagantes carreras por la ciudad, de esos caballos lanzados a toda brida, despreciando los peligros por el pedregoso pavimento de las calles, como si se corriese oficialmente en posta con los relevos del Estado. De esa multitud de criados, verdadera partida de bandidos, que llevan detrás sin dejar siquiera, como en la comedia, a Sannión para guardar la casa. El ejemplo ha producido frutos, y se ve a las señoras romanas con la cabeza cubierta por un velo correr en litera de uno a otro barrio. [...] Siendo éste el estado de las cosas, las pocas mansiones donde se honraba todavía el culto de la inteligencia se encuentran invadidas por la afición a los placeres, resultantes de la pereza. Solamente se oyen voces que modulan, instrumentos que resuenan. Los cantores han expulsado a los filósofos, y los profesores de elocuencia han cedido el puesto a los maestros en artes lúdicas. Se cierran las bibliotecas como si fueran sepulcros, el arte solamente se ejercita en construir órganos hidráulicos, liras colosales, flautas y otros instrumentos de música gigantescos para acompañar en el escenario la pantomima de los bufones. Un hecho reciente demuestra hasta qué nivel de indignidad se ha llegado. Habiendo llevado el temor de la escasez a que se expulsara precipitadamente de Roma a todos los extranjeros, la medida se extendió brutalmente hasta al corto número que ejercía profesiones científicas y liberales, sin dejarles tiempo para prepararse; mientras tanto se exceptuaba expresamente a los que formaban parte de las compañías de los histriones o supieron con destreza fingir que lo eran, y así se toleraba sin dirigirles ni una pregunta, la presencia de tres mil bailarinas y de otros tantos coristas, figurantes o directores.

RG, 28.4.16-17: *Ita autem pauci sunt inter eos severi vindices delictorum ut, si aquam calidam tardius attulerit servus, trecentis adfligi verberibus iubeatur : si hominem sponte occiderit propria, instantibus plurimis ut damnetur reus, dominus hactenus exclamet "quid faciat maniosus et nequam? et si quis aliud eius modi deinceps ausus fuerit, corrigetur". 17. Civilitatis autem hoc apud eos est nunc summum, quod expedit peregrino fratrem interficere cuiuslibet, quam cum rogatur ad convivium excusare: defectum enim patrimonii se oppido perpeti senator existimat, si is defuerit, quem aliquotiens libratiss sententiis invitaverit semel.*

RG, 28.4.16-17: Entre estos de quienes hablo hay muy pocos que sepan castigar los delitos con severidad. Si un esclavo tarda algo en llevarles agua caliente, en el acto mandan que les apliquen trescientos azotes. Pero si el malvado ha matado a un hombre intencionalmente, no dejará el dueño de contestar a los que pidan la vida del asesino: «¿Qué queréis? Es un malvado. Pero en adelante corregiré a cualquiera de los míos que se atreva a hacer cosa igual.» En esta clase de sociedad es cosa corriente que se ofenda menos a un hombre matando a un hermano suyo, que negándose a ir a comer a su casa tras haber sido invitado. No encontraréis a un senador que no prefiera perder su patrimonio a la vergüenza de que falten a una invitación que haya meditado mucho.

RG, 31.5.14: *verum mox post calamitosa dispendia res in integrum sunt restitutae hac gratia, quod nondum solutioris vitae mollitie sobria vetustas infecta nec ambitiosis mensis nec flagitiosis quaestibus inhiabat, sed unanimanti ardore summi et infimi inter se congruentes ad speciosam pro re publica mortem tamquam ad portum aliquem tranquillum properabant et placidum.*

RG, 31.5.14: Pero, después de esta calamitosa situación [en tiempos de Marco Aurelio], Roma se recuperó gracias a que la mollicie de la vida licenciosa aún no había mancillado nuestra sobria tradición, que aún no se veía inmersa en banquetes de manjares exóticos y lujos excesivos. Todo lo contrario, ya que luchando unidos nobles y pueblo bajo, con ese esfuerzo unánime, se lanzaron dispuestos a morir noblemente por el Estado como quien se apresura a llegar a un puerto plácido y tranquilo.

Las costumbres de la plebe

RG, 28.4.29 y 34: *hi omne, quod vivunt, vino et tesseris inpendunt et lustris et voluptatibus et spectaculis: eisque templum et habitaculum et contio et cupitorum spes omnis Circus est maximus: et videre licet per fora et compita et plateas et conventicula circulos multos collectos in se controversis iurgiis ferri, aliis aliud, ut fit, defendentibus. [...] In his plerique distentioribus saginis addicti, praeunte nidoris indagine acutisque vocibus feminarum, a galliciniis ipsis in modum pavonum ieiunitate clangentium humum summis pedum unguibus contingentes aulis adsistunt, digitos praerodentes dum patinae defervescent: alii nauseam horridae carnis, dum excoquitur, intentius despectantes, ut discissarum pecudum exta rimari cum anatomicis Democritum putes, docentem quibus modis posteritas mederi doloribus possit internis.*

RG, 28.4.29 y 34: Beber y jugar, frecuentar los espectáculos y las tabernas, los antros de la embriaguez y de la prostitución, tal es la vida de estas gentes. Para ellos el Circo Máximo es el templo; el hogar, el punto donde se reúnen, el conjunto de sus esperanzas y deseos. En las calles, en los foros, en las encrucijadas se ven grupos en que se disputa y se injurian por cualquier discrepancia. [...] ¡Cuántos hambrientos de éstos olfatean desde lejos el vaho de las cocinas, o guiados por las agudas notas de esas mujeres que cacarean en las calles, como pavos reales desde que amanece, van deslizándose a los comedores, y desde allí, alzándose sobre las puntas de los pies, esperan, royéndose los dedos, a que se enfríen los manjares! Otros contemplan ávidamente cocer las carnes, sin que les haga retirar su desagradable olor, como si fueran Demócrito rodeado de anatómicos, paseando el escalpelo por las entrañas de un animal, con objeto de enseñar a la posteridad remedios para los males interiores.

El trasfondo bestial del ser humano: usos y abusos de una metáfora

RG, 14.7.13: *His cognitis Gallus ut serpens adpetitus telo vel saxo iamque spes extremas opperians et succurrens saluti suae quavis ratione colligi omnes iussit armatos.*

RG, 14.7.13: Conocido lo cual, Galo, semejante a una serpiente perseguida por armas y piedras, recurriendo a su última esperanza e intentando salvar su vida fuera como fuera, ordenó a todos los hombres armados que se reunieran.

RG, 14.9.9: *Post quorum necem nihilo lenius ferociens Gallus ut leo cadaveribus pastus multa huius modi scrutabatur. Quae singula narrare non refert, me professione modum, quod evitandum est, excedamus.*

RG, 14.9.9:

A pesar de estas muertes, no se suavizó en absoluto la ferocidad de Galo. Al contrario, como un león que ha devorado ya varios cadáveres, maquinaba muchas acusaciones de este tipo, acusaciones que no vamos a detallar para evitar en la medida de lo posible excedernos en lo que prometimos.

RG, 15.3.3: *3 Vehementius tunc et deinde Constantius quasi praescriptum factorum ordinem convulsurus recluso pectore patebat insidiantibus multis. Unde rumororum aucupes subito extitere conplures, honorum vertices ipsos ferinis morsibus adpetentes posteaque pauperes et divites indiscrete: non ut Cibratae illi Verrini, tribunal unius legati lambentes, sed rei publicae membra totius per incidentia mala vexantes.*

RG, 15.3.3: [C]ada vez con más vehemencia, Constancio, como si quisiera alterar el orden marcado por el destino, abría su corazón a los muchos que tramaban insidias de este tipo. Por ello, en todas partes aparecieron de repente gentes al acecho de rumores, hiriendo con fieras dentelladas a los que ocupaban los honores más altos sin importar si eran ricos o pobres, y no como los famosos hermanos procedentes de Cibra y amigos de Verres, quienes pululaban por el tribunal de un solo gobernador, sino dañando con sus maldades a todos los miembros del Estado.

RG, 15.3.5: *Mercurius somniorum appellatus comes, quod ut clam mordax canis interna saevitia submissius agitans caudam, epulis coetibusque se crebris inserens si per quietem quisquam, ubi fusius natura vagatur, vidisse aliquid amico narrasset, id venenatis artibus coloratum in peius patulis imperatoris auribus infundebat et ob hoc homo tamquam inexpiabili obnoxius culpa, gravi mole criminis pulsabatur.*

RG, 15.3.5: En cuanto a Mercurio, le llamaban “Conde los sueños” porque, semejante a un perro de naturaleza muy fiera, pero que agita su cola de forma sumisa, se introducía en banquetes y reuniones y, si alguien en confianza le contaba que había visto algo en sueños (que es el momento en el que nuestro interior se muestra más libremente), entonces él agravaba ese hecho con venenosas intrigas y se lo contaba al emperador, siempre accesible para estas iniquidades. De este modo, se perseguía con una dura acusación a un hombre, como si fuera culpable de un terrible delito.

RG, 15.7.4: *Insidens itaque vehiculo cum speciosa fiducia contuebatur acribus oculis tumultuantium undique cuneorum veluti serpentium vultus.*

RG, 15.7.4: Y, así, instalado en su carruaje, con aparente confianza, [el prefecto Leoncio] observaba con dura mirada los rostros de las bandas que se agolpaban por todas partes como serpientes.

RG, 16.5.17: Utque bestiae custodum negligentia raptu vivere solitae ne his quidem remotis adpositisque fortioribus abscesserunt, sed tumescentes inedia sine respectu salutis armenta vel greges incursant, ita etiam illi cunctis quae diripuerunt consumptis fame urgente agebant aliquotiens praedas: interdum antequam contingerent aliquid, oppetebant.

RG, 16.5.17: Y semejantes a bestias que, como están acostumbradas a vivir de lo que rapiñan, cuando se descuidan sus guardianes, no dejan este hábito, por mucho que esos guardianes sean reemplazados por otros más poderosos, sino que enrabiadas por el hambre, sin temer por su vida, atacan al ganado o a los rebaños, así también los bárbaros, una vez agotaron todo lo que habían saqueado, apremiados por el hambre, a veces, conseguían alguna presa, pero, a veces, sucumbían antes de obtener nada.

RG, 16.8.12: namque ut documenta liquida prodiderunt, proximorum fauces aperuit primus omnium Constantinus, sed eos medullis provinciarum saginavit Constantius.

RG, 16.8.12: Y es que, como han demostrado palabras irrefutables, si fue Constantino el primer emperador que despertó el apetito feroz de los que le rodeaban, fue Constancio el que los cebó con todos los bienes de las provincias.

RG, 27.6.1: Inter haec Valentiniano magnitudine quassato morborum, agitanteque extrema, convivio occultiore Gallorum, qui aderant in conmilatio principis, ad imperium Rusticus Iulianus tunc magister memoriae posebatur, quasi adflatu quodam furoris bestiarum more humani sanguinis avidus, ut ostenderat, cum proconsulari potestate regeret Africam.

RG, 27.6.1: Mientras tanto, como Valentiniano tenía la salud muy quebrantada y estaba viviendo ya sus últimos momentos, los galos que servían en su hogar le pidieron en unas conversaciones secretas que elevara a la dignidad imperial a Rústico Juliano, encargado entonces de los archivos. Se trataba de un hombre ávido de sangre humana, movido por impulsos animales, tal como había demostrado cuando gobernó en África en calidad de procónsul.

RG, 28.1.7 y 10: tamquam subterraneus serpens per humiliora reptando nondum maiores funerum excitare poterat causas. [...] accepta igitur nocendi materia Maximinus effudit genuinam ferociam pectori crudo adfixam, ut saepe faciunt amphitheatrales ferae, diffractis tandem solutae posticis.

RG, 28.1.7 y 10: [Maximino, vice-prefecto de Roma] [A] igual que una serpiente que vive bajo tierra y se arrastra por el suelo, aún no había podido causar grandes calamidades. [...] [E]n cuanto tuvo posibilidad de hacer daño, Maximino demostró su crueldad innata, una crueldad que nacía de su gélido corazón y que se le escapaba semejante a lo que las fieras hacen con frecuencia en el anfiteatro cuando se rompen las puertas y alcanzan la libertad.

RG, 31.2.2: prodigosae formae et pavendi, ut bipedes existimes bestias vel quales in conmarginandis pontibus effigiati stipites dolantur incompte.

RG, 31.2.2: Son extraordinariamente deformes y grandes hasta tal punto que los confundirías con bestias de dos pies, o con esas estacas que se utilizan para adornar los puentes cuando los construyen.

RG, 31.2.11: per indutias infidi inconstantes. [...] inconsultorum animalium ritu, quid honestum inhonestumve sit penitus ignorantes, flexiloqui et obscuri, nullius religionis vel superstitionis reverentia aliquando districti, auri cupidine immensa flagrantes, adeo permutabiles et irasci faciles ut eodem aliquotiens die a sociis nullo inritante saepe desciscant, itidemque propitientur nemine leniente.

RG, 31.2.11: Son desleales y volubles en los acuerdos. [...] Semejantes a animales irracionales, no distinguen prácticamente entre lo honesto y lo deshonesto. Sus palabras son ambiguas y enrevesadas, y jamás han respetado una creencia o religión. Por ello, como arden en deseos de conseguir oro, y son tan volubles e irascibles, en ocasiones, llegan a romper en un mismo día varios acuerdos con algún aliado y, sin que nadie intervenga, se reconcilian con él.

Imperio y futilidad de la ira en Séneca

Ignacio Pajón Leyra

ipajon@filos.ucm.es

En la extensa bibliografía con la que hoy contamos sobre el estoicismo romano no es poca la atención que ha recibido el tema de las pasiones. Es muy conocido y estudiado el modo en el que los pensadores estoicos concibieron la virtud como uso desapasionado de la razón, y al sabio como *apatetikós*, como aquél que se ha liberado del irracional *páthos* que conduce al error y al vicio. En consonancia con ello, también ha sido muy estudiada la atención que los integrantes de esta corriente de pensamiento dedicaron a cada una de las formas en las que ese irracional *páthos* se nos da, y entre ellos no ha sido el menos atendido Séneca.

En efecto, el pensador cordobés escribió abundantemente sobre las pasiones y sus efectos sobre los actos de quienes las padecen, tratando con especial detenimiento la peculiar pasión de la ira. Ejemplos de acto provocado por la ira aparecen con frecuencia en su obra, tanto filosófica como literaria. Y además uno de sus tratados más conocidos se dedica específicamente al estudio de esta pasión en concreto: el tratado de juventud titulado *De ira*.

Sin embargo, la lectura mayoritaria tanto de las alusiones a esta pasión en el resto de su obra como del texto dedicado en exclusiva a su estudio pormenorizado se han decantado por atender a la ira como un fenómeno cuya aplicación debe restringirse únicamente al campo de la filosofía moral. La intención de este artículo será la de reforzar otra línea de lectura complementaria de aquella: la que hace de la ira, además, un fenómeno social colectivo susceptible de un tratamiento que trascienda el enfoque ético para enclavarse en un discurso histórico-político. Es decir, sin desatender el tratamiento de la ira en Séneca como pasión humana individual, se tratará de hacer patente también el modo paralelo en el que el filósofo insiste en mostrarla como la única de las pasiones que muestra una cara colectiva, social y contagiosa que la separa y diferencia del resto y que la convierte en mal propio de las naciones y antagonista del buen gobierno.

En efecto, en un primer momento la ira aparece en el discurso senequiano como una noción moral, vinculada a la teoría de la virtud estoica, en la que el pensamiento de Séneca está enraizado. De este modo, se considera que pertenece a (y reside en) la dimensión pasional individual que todo ser humano posee como contrapuesta a lo que en él hay de *lógos* racional. El propio *De ira* aparece como compuesto para servir de medio contra los efectos perniciosos de dicha pasión en el lector individual. Así, desde la primera línea del tratado se indica la intención de emplearlo para dominar la cólera: “Me exigiste, Novato, que escribiese acerca del modo de dominar la ira, y creo que, no sin causa, temas sobre todo a esta pasión, de entre todas la más sombría y desenfrenada”.¹

1 Séneca. *De ira* I, 1, 1. (En adelante, las citas de Séneca serán de este tratado salvo indicación contraria).

El objetivo declarado del texto es el de ser aplicado para el dominio de esta peculiar pasión. El tema será el modo en el cual se pueda llevar a cabo dicho dominio (*quemadmodum posset ira leniri*). Pero no se oculta la dificultad de que dicho objetivo pueda cumplirse, dado el especial temor que la ira debe infundir. Se trata, pues, a las pasiones como objeto de temor; y a la ira en especial como una pasión que destaca por ser más temible que el resto; la más sombría y desenfrenada de todas. Mientras que el resto tienen algo de quietud y placidez, la ira es manifiesta agitación, arrebató, ansia de guerra, de sangre y de suplicios.² La actitud del sabio ante ella, de este modo, será no sólo el frontal rechazo, sino un peculiar modo de llevarlo a cabo que exige por su parte la oposición o resistencia ante ese miedo que la ira infunde: el sabio deberá enfrentar a la ira su propio valor, para así lograr dominarla.

Sin embargo, el dominio puede ser entendido al menos de dos formas: en primer lugar “dominar la ira” puede significar controlarla sin eliminarla, dirigiéndola mediante la razón para orientarla del modo más útil posible. Esta es la forma en la que, según Séneca, propone comportarse con esta pasión la escuela aristotélica, empleándola en lo que tiene de útil como movilizadora de la acción. Como reacción ante la injusticia, el virtuoso puede indignarse hasta encolerizarse. Y al menos en este sentido la ira puede ser un apoyo para la acción racional, impidiendo la impasibilidad en el momento en que el acto virtuoso consiste en la reacción contra el vicio. Sabio será, en este sentido, el que “domine” la ira dirigiendo su capacidad movilizadora hacia donde debe dirigirse.³

En segundo lugar, sin embargo, el dominio de la ira puede entenderse también como enfrentamiento radical que impida su aparición como *páthos*. En este segundo sentido no se trataría de dominar como controlar o conducir sino de dominar su generarse en uno mismo. Es decir, el sabio no debería dominar una pasión que inevitablemente siente para hacer de ella algo útil, sino que debería dominarse a sí mismo para no sentirla como tal pasión. Esta es la línea por la que opta el estoicismo proponiendo su ideal de sabio apático, carente de pasionalidad porque emplea su razón para extirpar de sí las pasiones.

En este sentido, que es por el que Séneca como partidario de la ética estoica opta sin ambages, la ira, como toda pasión, se concibe como vicio puro, opuesto radical de una virtud que solo puede ser expresión de la racionalidad desapasionada. En la dicotomía extrema razón/pasión todo lo que proceda del aspecto no racional del ser humano (todo impulso, todo deseo, toda pulsión corporal) debe ser evitado porque jamás podrá conducir por un camino congruente con el acto racional. Solo la razón sirve de guía adecuada para la acción. El vano intento de moderar la ira en vez de extinguirla acabará conduciendo a quien lo intente a dejarse llevar por la pasión, pues la

2 I, 1, 4-8.

3 Los pasajes aristotélicos de los que procedería dicha interpretación de la ira como “auxiliar” de la razón serían, fundamentalmente, *De Anima*, 430 y ss, y *Retórica*, libro II.

razón, una vez alterada por la acción de lo pasional, ya está descarriada irrevocablemente.⁴

La única alternativa es, por tanto, sofocar la ira en su raíz, impidiendo su crecimiento desde su mismo origen. Y tal cosa solo puede hacerse mediante una lucha directa.

Sorprende aquí el planteamiento de la cuestión por parte de Séneca en términos directamente tomados del contexto bélico.⁵ La ira es, así, un enemigo, para cuya alusión se emplea el término latino que refiere específicamente al enemigo exterior (*hostes*), el que proviene de más allá de las fronteras, el enemigo extranjero. Y los límites de lo que podríamos concebir como la mente del sujeto moral son aludidos por comparación con las puertas de la ciudad. Si esas puertas llegan a ser rebasadas por la ira invasora, nos veremos reducidos al cautiverio.

El tratado *De ira* en su conjunto está lleno de ejemplos de esa clase de terminología bélica. Para exponer su punto de vista sobre esta pasión, Séneca habla de armas, de hogueras, de murallas y asaltos, de vencedores y vencidos. Nos sitúa, así, en un contexto de combate. El tratado mismo está concebido para ese combate; es una peculiar mezcla de plan estratégico y arenga militar. Por una parte, frente a la turbación de la pasionalidad, el estoico intenta promover la apatía. Y el texto senequiano intenta contribuir a ese objetivo señalando en detalle los peligros del polo opuesto para enseñar al lector cómo evitarlo. La ira, expuesta como la más pasional de las pasiones, como locura breve que nos arranca por completo de nuestro *lógos* e incluso de nuestra naturaleza (mientras que el resto de pasiones, por más calculadas, conservan algo del *lógos* al que se oponen) se manifiesta como el mayor de los peligros a superar para alcanzar la meta de vivir contemplando el orden del universo y contribuyendo a su realización.

De este modo, el lector debe recibir a un tiempo los recursos necesarios para saber oponerse a la tentación de encolerizarse, y el ánimo suficiente para ser capaz de lograrlo. Pues de ánimo es precisamente de lo que debe armarse ante un enemigo como ese. Frente a él, como en la batalla, debe emplearse la técnica bélica, pero sobre todo debe enfrentársele el valor.

La concepción de la valentía que está aquí presente tiene, en gran medida, una raíz más griega que latina. No en vano el pensamiento griego clásico sostuvo una larga y minuciosa polémica sobre el sentido y el marco de aplicación del valor como virtud, en la que destaca el posicionamiento de Sócrates frente a Calicles (y a su vez, frente a toda la tradición de pensamiento anterior a él) en las páginas del diálogo platónico *Gorgias* sobre el uso del término griego “*andría*”. Allí se nos hace patente la problemática terminológica y filosófica subyacente a la cuestión de la valentía por el hecho mismo de que ambos intervinientes en el diálogo, Sócrates y

4 Véase I, 7, 4, donde Séneca compara lo que le ocurre a quien deja que la ira actúe en él con lo que les ocurre a los cuerpos que se arrojan al vacío, que desde ese momento pierden todo dominio de sí mismos y son arrastrados, precipitados, sin poder frenar ni detenerse, en la dirección en la que irremisiblemente son movidos.

5 I, 8, 1-3.

Calicles, coinciden en resaltar la importancia de esa virtud para el buen gobierno, pero al tiempo obtienen como resultado del desarrollo de esa necesidad imperiosa concepciones de la sociedad y del gobernante no solo diferentes sino incluso antagónicas.

En primer lugar, Calicles defiende una posición iusnaturalista según la cual el derecho natural de dominación de los fuertes sobre los débiles viene siendo conculcado desde que la civilización ha establecido como derecho consensuado el que procede de una alianza de los débiles para contener a los fuertes.⁶ Ante este planteamiento, Sócrates le reclama una definición clara de la noción de “fuerza” implicada en su razonamiento – ya que un grupo suficiente de débiles supera de manera evidente en fuerza física a un supuesto individuo fuerte, de modo que el resultado no parece un quebrantamiento del dictado iusnaturalista aparentemente expuesto, sino su confirmación⁷ – lo que lleva a introducir en la discusión el concepto de *andréia*.⁸

Así, llevado por la discusión, Calicles transforma en el diálogo ligeramente su postura, identificando el ser fuerte con el ser mejor y el ser más poderoso (y por tanto equiparando las nociones de fuerza, excelencia y poder), y expresando que esa noción amalgamada, de la que emana el derecho natural, corresponde en la sociedad a aquellos de más juicio y mayor decisión para conseguir sus fines. Los decididos son, pues, los mejores. Según él, de este modo, la excelencia depende de la valentía para imponerse.

“El que quiera vivir rectamente debe dejar que sus deseos se hagan tan grandes como sea posible, debe ser capaz de satisfacerlos con decisión e inteligencia y saciarlos con lo que en cada ocasión sea objeto de deseo.”⁹

Ciertamente, en el planteamiento calicliano no está presente la idea de ira. No se trata de que sea una característica del fuerte según su posición el dejarse llevar por sus arrebatos de cólera, sino que por el contrario el planteamiento expuesto insiste en la inteligencia de las acciones y en el frío y calculado ejercicio de la capacidad de juzgar sobre lo conveniente para uno mismo. Sin embargo, lo que sí está presente de manera manifiesta en Calicles es la simbiosis en el fuerte de esa inteligencia y la pasionalidad deseante. A diferencia de Sócrates, Calicles no ve como valiente a aquél que se enfrenta con arrojo a su “enemigo interior” pulsional, sino a aquél que se alía con esa pulsionalidad frente al “enemigo exterior” que suponen los impedimentos materiales y sociales para la consecución de la satisfacción.

La pasión, para Calicles, es uno de los elementos a los que el verdadero sabio debe dar rienda suelta. Y es necesario señalar que se trata de una pasión, al igual que en el caso de Sócrates,

6 Es manifiesta la proximidad de este planteamiento con la idea de “moral de esclavos” expuesta por Nietzsche en *La genealogía de la moral*. Sobre esto, véase Menzel, A. *Calicles: contribución a la historia de la teoría del derecho del más fuerte*. Centro de estudios filosóficos de la UNAM. México, 1964: 104-9.

7 489 c y ss.

8 491 b y ss.

9 491 e – 492 a.

procedente de manera destacada del elemento corporal en el ser humano. Es, así, la valentía para cumplir los deseos del cuerpo la que determina la virtud del hombre libre y superior, y no las mal llamadas virtudes de la moderación o la justicia. “¿Qué habría, en verdad, más vergonzoso y perjudicial que la moderación y la justicia, si pudiendo disfrutar de sus bienes, sin que nadie se lo impida, llamaran para que fueran sus dueños a la ley, los discursos y las censuras de la multitud?”,¹⁰ se pregunta Calicles, mientras que acusa a la alternativa socrática de llamar “virtud” a “fantasías y convenciones de los hombres contrarias a naturaleza” que “son necesidades y cosas sin valor”.¹¹

Se hace evidente, así, que Séneca se encuentra justo en las antípodas del pensamiento calicliano. Para Calicles es sabiduría alentar a la pasionalidad para que obtenga la satisfacción de sus deseos; para Séneca no puede haber sabiduría más que acallando la llamada de la pasión, conteniendo su potencia y extinguiéndola en la medida de lo posible para evitar que enturbie o desvíe el dictado de la razón.

Pero hay algo en lo que ambos coinciden: para los dos pensadores el contexto del ejercicio de la virtud es un contexto agónico. Para Calicles, como hemos mencionado, una lucha contra la violencia ejercida por elementos exteriores a uno mismo, en especial aquellos elementos que provienen de la coerción de la “moral de esclavos” dictada por los débiles.¹² Para Séneca, de un modo mucho más próximo al socrático, una lucha contra aquello en el interior de uno mismo que mueve a desoír el justo dictado de la razón. Es decir, contra lo pasional corporal que genera los deseos irracionales; y entre ese conjunto de elementos pasionales la ira destaca como la más vehemente, y por ello el enemigo más temible.

A partir de este modo concreto de concebir las pasiones se hace posible una lectura histórico-política de la noción misma de la ira en el pensamiento de Séneca, en la cual el problema de base no es únicamente individual sino social, colectivo e histórico, y el interlocutor de Séneca ya no es tanto Aristóteles, tal como el inicio del tratado plantea, como un Sócrates enraizado en la visión platónica y expuesto en polémica con algunos de sus interlocutores sofistas y demagogos de los diálogos de transición y madurez, como Gorgias, Polo, Calicles, Trasímaco, Alcibíades, Dionisodoro o Eutidemo.

Séneca parte de una visión estoica de la virtud como ejercicio de la racionalidad. Para él, como para el resto de integrantes de esta escuela, el objeto de la ética es el *lógos*. El término, como es sabido, tiene una gran riqueza de matices en su significación filosófica. Desde Heráclito se ha

10 492 b.

11 492 c.

12 “Pero yo creo que esto [la satisfacción de los deseos] no es posible para la multitud; de ahí que, por vergüenza, censuren a tales hombres, ocultando de este modo su propia impotencia; afirman que la intemperancia es deshonrosa, como yo dije antes, y esclavizan a los hombres más capaces por naturaleza y, como ellos mismos no pueden procurarse la plena satisfacción de sus deseos, alaban la moderación y la justicia a causa de su propia debilidad.” 492 a-b.

hecho manifiesta la necesidad de concebir el *lógos* como realidad poliédrica al tiempo razón-palabra-argumento-discurso y contenido expresado o expresable por esa razón-palabra-argumento-discurso. Y además el *lógos* es a la vez ley, proporción y medida del universo, y comprensibilidad de esa proporcionalidad cósmica. “No escuchándome a mí, sino al *lógos*”, dice Heráclito, “sabio es reconocer que todas las cosas son una”.¹³ Y ese *lógos* que el sabio debe escuchar es razón y pauta del cambio en un mundo que, sin su concurso, correría el riesgo de volverse caótico, incomprensible y azaroso (como lo será para su seguidor Crátilo, que afirma el cambio heraclitiano pero lo desdota de ese garante de la comprensión).

Este *lógos* entendido como racionalidad humana y como principio de intelección, pero también como trasunto de una racionalidad universal expresada en la naturaleza, influye de manera decisiva en el modo en que el estoicismo entenderá cada una de las partes de la filosofía. Así, para ellos el *lógos* es el objeto de la lógica (el propio nombre de la disciplina lo indica) como estudio de la normatividad del pensamiento, al igual que es el objeto de la física como estudio de la normatividad del cambio en la naturaleza, y de la ética como estudio de la normatividad del comportamiento racional. El *lógos* regla del pensar es también regla de la *phýsis* en su devenir, y por ello mismo puede ser pauta de la acción humana en su pensar y actuar en esa *phýsis*. La acción virtuosa puede identificarse con la acción conforme a naturaleza y con la acción racional, en la medida en la que responde a un *lógos* que es razón de la naturaleza, y de este modo puede plantearse una máxima práctica orientada a ponerse en armonía uno mismo con ese *lógos* universal que todo lo rige: *homologéin*, ser como el *lógos*.

El estoicismo presupone, así, un mundo heraclitiano y no cratiliano, en el que todo se da conforme a medida pese a su permanente transformación, y por ello el ideal humano de sabiduría puede ser el consentir a esa pauta de la realidad, conocerla en su sentido más profundo y contribuir a su realización efectiva. De este modo, el sabio estoico vivirá conforme a su naturaleza y a la naturaleza en sentido general. Y su conocimiento del mundo es de tal modo que el devenir en el que está inserto no se le oculta en su sentido, como al silente sabio cratiliano que nada puede conocer ni expresar, sino que por el contrario se le hace comprensible, explicable y quizá hasta predecible. Y esto es algo que vale tanto para la *phýsis* en su decurso natural como para la sociedad y para la historia.

En efecto, la historia humana es también el flujo de un cambio permanente en el curso de los acontecimientos que responde a la heraclitiana imagen del río. La historia transcurre; se desarrolla como cambio y como transformación, pero no sin pauta. La propia comprensión del tiempo del estoicismo así lo garantiza mediante su recurso a un esquema de ciclos reiterados de generación y destrucción, de auge y de decadencia, mediados por la universal consunción en el fuego primigenio

de la *ekpýrosis*.

El objetivo del historiador es, así, conocer esa pauta, es decir, adecuar su *lógos* particular a ese *lógos* del tiempo social, y con ello poder conocer lo que en el curso cambiante de los acontecimientos hay de estable, permanente, predecible y cognoscible. La historia, por lo tanto, es una disciplina práctica, concepción que nunca fue rara en la mentalidad antigua (tal como Cicerón,¹⁴ Polibio¹⁵ o Luciano¹⁶ muestran en sus didácticas nociones de la historia como maestra que ayuda a prever qué ocurrirá en situaciones similares a las que se han dado en el pasado) y que tampoco es ajena a la mentalidad actual (como puede apreciarse en el conocido tópico de que “quien no conoce la historia está condenado a repetirla”¹⁷).

Del mismo modo, la principal preocupación de Séneca por lo que respecta a la historia es en última instancia el futuro. Y en su perspectiva histórico-social esto supone fundamentalmente una preocupación por el futuro de Roma. Por eso, cuando en su tratado se va más allá de su carácter como pasión irrefrenable del individuo, y por tanto como problema moral, y se trata la ira como conculcación social de las virtudes cívicas, la cuestión que aparece subyaciendo como nuevo problema es la de su efecto sobre Roma como comunidad.

La ira no es en ningún caso sinónimo de fuerza ni de grandeza. Al contrario, solo quien es débil se deja llevar por esta clase de pasión. Ningún iracundo es, pues, alguien que pueda ser llamado fuerte. Su apariencia de vigor, decisión y energía no es más que la fachada tras la que se esconde su falta de firmeza. En la ira, incluso cuando se muestra más desatada, no hay “nada grande ni noble”.¹⁸

La magnanimidad, la grandeza del hombre de bien, se fundamenta sobre aquellas virtudes que los iracundos desoyen al dejarse llevar por su arrebató. Por ese motivo ellos “pueden ser terribles, impetuosos, destructores, pero la grandeza, cuya raíz y fuerza es la bondad, no la poseerán jamás”¹⁹

Tampoco es compatible la ira con la valentía. La aparente adecuación de este tipo de reacciones humanas con las necesidades del combate no es más que superficial. Confiar en la ira para la defensa de la ciudad es dejar esa defensa en una apariencia de valentía que en realidad esconde una profunda cobardía. Por eso afirma Séneca que “no hay razón para fiar en las palabras de los encolerizados, cuyos estruendos son colosales, terribles; pero en sus adentros su alma está totalmente aterrorizada”.²⁰ Recuérdese que Séneca expone la ira como la única de las reacciones

14 *De Oratore*, 2.36.2.

15 *Historias*, VI, 3-4.

16 *De historia conscribienda*, 9.

17 Tópico que parafrasea las consideraciones sobre el tema de George Santayana en *La vida de la razón* (Vol. 1: “La razón en el sentido común”), de 1905.

18 I, 20, 21.

19 I, 20, 7.

20 I, 20, 5.

pasionales contrarias a la virtud que viene antecedida de señales externas que la delatan.²¹ Al contrario que el resto de pasiones, la ira no puede ocultarse. Cuanto mayor es, más se manifiesta. Y al tratar sobre esta característica, la compara de manera directa con la animalidad,²² con el modo en que las bestias se aprestan para el ataque dando signos evidentes de su agresión justo antes de que se produzca. No se trata de una comparación en la que la animalidad se tome como modelo por su adecuación con la naturaleza, como ocurriría en un contexto vinculado a la filosofía cínica, sino de una muestra de la desproporción de la ira con la naturaleza humana, de su indignidad y monstruosidad.

Con esta comparación con la animalidad se inicia un proceso de vinculación de la ira con una serie de términos de comparación contrarios al sujeto de la virtud, al hombre bueno y sabio, que a su vez, además de agente moral, es el sujeto político de la gran cosmópolis estoica. De este modo, la ira aparece una y otra vez en las páginas del tratado como relacionada con los contrarios del ciudadano, haciendo resaltar la vida pública de la ciudad como el espacio para el ejercicio de la razón desapasionada.

En primer término, Séneca compara la ira con el llanto y el desmayo ante el cirujano, o con la rabieta del niño,²³ afirmando que se trata de la actitud propia de las mujeres, pero no del varón de bien, que cumple sus deberes sin turbación.²⁴ Además, la propia reacción airada de mujeres y niños muestra su debilidad en su propia constitución como acto pasional: “Así es que la ira de las mujeres y de los niños es más viva que profunda, y más débil en su principio”²⁵. Aparece, así, la ira como un modo de comportamiento infantil y femenino, contrario a la virilidad con la que, estoicamente, deben afrontarse las dificultades. En el contexto de la época esta alusión a las mujeres y los niños, que muy presente en las páginas del *De Ira*, supone una clara referencia a aquellos sujetos carentes de derechos políticos, sea por la consideración social de que su naturaleza no es adecuada para disfrutarlos, sea por que su edad aún no se lo permite.²⁶ Y sin embargo, la ira es un peligro que acecha también al varón, al hombre de bien, pues según Séneca “la ira es el principal vicio de mujeres y niños. Pero también invade a los hombres, porque los hay con espíritu de mujer y de niño”.²⁷ Esto es, solo el espíritu propiamente viril, el del hombre de valor, el de aquél que ejerce la socrática virtud de la *andréia*, está a salvo de la debilidad de la ira.

Por ese mismo motivo se trata de un vicio que aparece vinculado también en multitud de ocasiones con la enfermedad, la debilidad y la vejez. Los más irascibles se nos dice que son los enfermos, los ancianos y los niños, y que todo ser débil es por naturaleza batallador. Se compara la

21 Véase I, 1, 1; I, 1, 3-7.

22 En especial en I, 1, 5-6.

23 I, 12, 4.

24 I, 12, 2.

25 II, 19, 4.

26 Véase también II, 10, 2.

27 I, 20, 4.

naturaleza de la ira con la de la fiebre.²⁸ Por su carácter irracional, la ira mueve al delito, y en tal caso requiere punición, pero esta debe ejercerse por parte del estado sin caer a su vez en cólera ni ánimo de venganza, pues se afirma que encolerizarse con los delincuentes es como encolerizarse con los ciegos y los sordos,²⁹ los enfermos, los viejos o los extenuados.³⁰

Como la enfermedad, la ira es excusable y perdonable, pero debe tratar de extirparse. Y la actitud del sabio (en el sentido de quien se encuentra en estado de equilibrio moral, pero también en el de aquél que ejerce el poder político) ha de ser de igual benevolencia a la que mueve al médico ante su paciente.³¹

El Estado, pues, tiene entre sus responsabilidades la de corregir el vicio de un modo casi terapéutico. Así es como Séneca entiende el papel del castigo. Y si el Estado tiene que llevar a cabo esta tarea es en gran medida por la tercera comparación que establece ante el que se deja llevar por la ira: tras los débiles por constitución y los débiles por enfermedad, trae a colación Séneca a los considerados como débiles por su cultura (frente a la romana), esto es: a los bárbaros.

Con frecuencia se ha argumentado – y el ficticio interlocutor de Séneca así lo defiende – que la cólera es necesaria para la guerra;³² que aunque sea un vicio en el contexto ético-político de la convivencia social, es en cierto modo una virtud en el espacio de excepción bélico en el que se suspenden las normas de esa convivencia. Sin embargo, a los ojos de Séneca ese es precisamente el espacio en el que este vicio más perjudicial puede resultar. La guerra, según él, no es cuestión de impulsos desbordados y caóticos, sino de racionalidad, de movimientos ordenados y dóciles, y por lo tanto, de nuevo, de *apathéia*.

Esa equivocada concepción de lo bélico, y no otro factor, es lo que merma a los bárbaros, por lo demás dotados de una naturaleza fuerte (en lo físico) y de gran capacidad para soportar el sufrimiento (tanto corporal como anímico). Si no son los bárbaros los que dominan el mundo es porque cuando entran en batalla tienden siempre a dejarse dominar por la ira, “su principal enemiga”.³³ Ese es el motivo de la derrota de cimbrios y teutones,³⁴ de los germanos,³⁵ de los hispanos, galos y gentes de Siria y Asia.³⁶ Y, de manera paralela, la ausencia de bajas pasiones en la planificación y acción bélica es la causa del éxito de los romanos como civilización.³⁷ Es decir, si Roma es la potencia hegemónica de su tiempo es por la sumisión desapasionada de sus tropas al *lógos* rector de sus superiores, que las ordenan y movilizan de manera armónica, acorde con las

28 I, 12, 6.

29 II, 10, 1.

30 II, 10, 2-3.

31 II, 10, 7-8.

32 I, 11, 1.

33 Idem.

34 I, 11, 2.

35 I, 11, 3.

36 I, 11, 4.

37 I, 11, 5-8.

necesidades de cada momento de la batalla, en lugar de permitirles ceder al ardor pasional del encolerizamiento como todos los ejércitos de los pueblos bárbaros permiten y fomentan entre sus guerreros.

De esta forma, la existencia misma de Roma como Imperio depende de la ausencia de ira en su pilotaje histórico-político. Es justo esa ausencia de ira la que hace de Roma el espacio de la civilización frente al espacio de barbarie que supone toda la alteridad que la circunda más allá de sus fronteras políticas y culturales. Y por ese mismo motivo la ira es el mayor peligro para Roma. Si su presencia cunde entre las élites sociales que ejercen para ella de racionalidad orgánica, su camino será la misma derrota inevitable que ha aquejado a cimbrios, teutones, germanos, hispanos, galos, sirios y asiáticos por fuertes que desde una perspectiva física pudieran ser como pueblo.

El destino temido por Séneca, por tanto, es el de la arbitrariedad social, puesto que si la razón (política) recurre a los vicios para regirse, será *esclava* de ellos; vivirá en una *tiranía*.³⁸ Algo que un sistema de gobierno como el imperial romano no puede ignorar que es su riesgo más manifiesto.

La peligrosidad de este vicio no se limita a su raíz de violencia, sino que incluye una serie más amplia de efectos perniciosos. En efecto, entre las consecuencias de la ira mencionadas por Séneca encontramos asesinatos, envenenamientos, acusaciones mutuas, desolación de ciudades, ruina de naciones, llamas flanqueando los recintos amurallados, hogueras enemigas...³⁹ Todas las manifestaciones imaginables de la violencia, tanto en el ámbito privado como en el público. Es, pues, la pasión del asesinato en lo que respecta al individuo y la de la guerra en lo que respecta a la sociedad. Pero en este último sentido introduce, además, el factor de la confusión: la línea que separa al amigo del enemigo, racionalmente clara en su identificación con el concepto de ciudadanía, se desdibuja al paso de la ira. Mientras que la naturaleza en el hombre le lleva a socorrer incluso a los desconocidos,⁴⁰ la desviada acción del iracundo pretende herir hasta a los amigos.⁴¹ De este modo, mientras que el orden natural dictaría que no existiera enemigo alguno, este orden jamás llega a realizarse por la intervención de los vicios, y en especial de la ira, pasión que convierte en enemigo a cualquier “otro”.

En este ambiente de plena hostilidad y enfrentamiento mutuo, la presencia de esta pasión produce, además, la quiebra de la autoridad.⁴² Así lo considera Séneca en reiteradas ocasiones, ya que la ira es indocilidad, y su carácter propio es el de la rebelión.⁴³ Así, se añade como nuevo

38 I, 10, 2-3.

39 I, 2, 1-3.

40 Véase *De otio*, I, 4. Nótese, además, que una supuesta “virtud agónica” irascible es contraria a la concepción estoica cosmopolita de la naturaleza humana, pues requiere de “enemigos naturales”, algo discordante con su idea de humanidad.

41 I, 5, 2.

42 Por ejemplo en los capítulos 2, 9 y 10 del libro primero de este tratado.

43 I, 9, 3.

peligro la caída en el caos, la quiebra de la unidad cívica y la *stásis*, concebidas de modo similar a como se habían dado en las ciudades-estado griegas, pero aplicadas a Roma como ciudad-imperio.⁴⁴

Y por último, en caso de que la unidad cívica perdure, la ira pone en riesgo la justicia, honestidad y racionalidad de su gobierno. Si su presencia como vicio logra subvertir la moral vigente, la violencia y la injusticia pueden llegar a hacerse manifiestas. “Desterrado todo respeto de lo honesto y lo justo, la pasión se precipita a su capricho y ya no se ocultan los crímenes en la sombra sino que caminan a la vista”.⁴⁵ Esta es la situación esperable si la dirección de Roma como comunidad social y política abandona el camino de la razón y deja paso, con las pasiones, al capricho de los gobernantes. No se oculta que, de hecho, este no era un peligro teórico para el futuro de Roma, sino una situación *de facto* que en tiempo de Séneca ya se había dado en la Roma Imperial, y que volvería a darse de nuevo múltiples veces antes de su desaparición.

Así, la descripción senequiana se vuelve testimonio, y no solo vaticinio, cuando advierte de los desmanes que esta injusticia impune y manifiesta llega a producir si se vuelve imperante: la subversión de la moral trastoca el orden de la justicia, y son tenidos por méritos los actos reprobables. “La gloria se atribuye a acciones que son crímenes cuando pueden ser reprimidas”.⁴⁶ Esta subversión llega a tal extremo que incluso trata de hacer pasar por justa la injusticia. La razón quiere determinar lo que es justo; la ira quiere que se tome por justo lo que ella decide. Con esto encontramos de nuevo en la ira senequiana una suerte de proximidad con el planteamiento de la inversión valorativa expuesto por Calicles en el *Gorgias*. La diferencia principal es que en Séneca este planteamiento está expuesto de forma explícita como tergiversación de la justicia y, como hemos visto, como una superficial apariencia de valentía que oculta la cobardía subyacente del iracundo. Y, además, se establece el ambiente generado por la ira como el necesario para esclavizar o tiranizar, esto es, para implantar un gobierno del capricho de las pasiones.

Con ello, el *De ira* se revela, además de como texto de reflexión ética individual, como herramienta contra el establecimiento de propuestas como la calicliana en su aplicación política. El empleo de la terminología bélica por parte de Séneca a lo largo de todo el texto supone la admisión del mismo tipo de contexto agonal propuesto por el pasaje del diálogo platónico: en ambos casos se manifiesta el ejercicio de la racionalidad como una batalla contra su antagonista, que de nuevo en ambos casos es un enemigo interior. Aquí, sin embargo, se establece una explícita relación enfermedad-debilidad-falta de virilidad-monstruosidad-salvajismo unida a la ira, a la que se opone la relación salud-fuerza-virilidad-civilización vinculada a la razón desapasionada, y propuesta como norma social y política. Aceptar esta norma conducirá a la comunidad romana a establecerse como espacio del *lógos* en tanto que virtud, convirtiéndose en el ideal de una “nueva Atenas”. Rechazarla

44 Véase II, 8, 2-3; II, 9, 3-4.

45 II, 9, 1.

46 II, 9, 3.

borrará los límites que la separan del mundo bárbaro como espacio de la ira irracional. El peligro para Roma es, así, “barbarizarse” siguiendo el ejemplo marcado por Calicles en el *Gorgias*; esto es, dejando espacio libre para la acción airada en base al establecimiento de cualquier suerte de iusnaturalismo que pudiera justificarla,⁴⁷ permitiendo su utilización socialmente admitida como supuesta movilizadora del hombre justo ante la indignación,⁴⁸ o dando pábulo a charlatanes y demagogos – de los que el propio Calicles podría ser un buen ejemplo – que no son otra cosa que los precursores de la barbarie.⁴⁹

Y si este es el gran peligro de Roma. ¿Cómo evitarlo? La educación, plantea Séneca, es el remedio preventivo contra la barbarización iracunda de la sociedad. Solo mediante un enfoque adecuado de la tarea social educativa puede conseguirse eludir el problema de la ira desde un punto de vista cívico. Lo más imprescindible es fomentar en la enseñanza de cada nueva generación el desapego a los deseos, placeres y pulsiones (ansia de lujo, hedonismo, avaricia, ambición, soberbia) que empujan al hombre a los vicios y lo alejan de la virtud. Porque enfocando la enseñanza de ese modo se facilita la tarea de que más ciudadanos puedan aproximarse al ideal del sabio apático, y por lo tanto que la sociedad que conforman se comporte de un modo más armónico y ordenado, más natural y más conforme al *lógos*.

Y en gran medida, además, es la educación el único contexto en el que Séneca admite cierta “utilidad” de la propia ira. Quizá no en un sentido literal, pues como ha dejado claro a lo largo de todo a su obra, sentir ira no es nunca el estado anímico que pone al hombre en el camino de la acción virtuosa; pero sí en cierto sentido apariencial y metafórico. La ira no es nunca útil si se siente; produce siempre demagogia, barbarie y debilidad del individuo y de su comunidad política; está vinculada a la enfermedad y a la decadencia social, y por tanto debe extirparse como tal enfermedad. Pero es “útil” si se finge; al menos si se finge pedagógicamente, como el maestro que actúa como si estuviera airado con sus alumnos para dirigirlos hacia la buena acción, hacia el estudio, hacia la diligencia o hacia el esfuerzo. En ese caso no se trata de una pasión irracional, sino de una plena estrategia racional. “La ira, por tanto, nunca debe *admitirse*. Podrá *fingirse* algunas veces cuando sea necesario despertar la atención de espíritus cansados”.⁵⁰

Con todo, el modelo de *paideia* senequiano solo contempla esta “falsa ira” como una excepción. La ira debe estar ausente de los procesos educativos, y para ello su propuesta es la de establecer su ausencia en el carácter como criterio de selección del pedagogo. Para que la enseñanza se produzca sin la presencia de este vicio no solo debe mostrarse a los jóvenes desde una

47 Por ello la insistencia de Séneca en confrontar naturaleza e ira a lo largo de todo el libro primero.

48 Ante esta posibilidad establece Séneca el carácter polémico del tratado con quienes entiende que admiten esta posibilidad: en su opinión, Aristóteles y Teofrasto.

49 “La prosperidad alimenta la cólera cuando la muchedumbre de aduladores asalta los oídos del soberbio y le dice “no te mides por tu altura, voluntariamente te rebajas”, y otras lisonjas a las que difícilmente resistiría un espíritu sano y sólidamente fundado desde antiguo”. II, 21, 7.

50 II, 14, 1. La cursiva es nuestra.

perspectiva teórica que es necesario extirparla antes de que arraigue, sino que también ha de establecerse un modelo de comportamiento ajeno a ella ante sus ojos. “El adolescente reproduce las costumbres de las nodrizas y pedagogos”,⁵¹ y por eso “es importante para esto elegir a los preceptores y pedagogos entre los de plácido carácter”.⁵²

Así, mediante una reforma educativa centrada en el ejemplo de la placidez y la comprensión de la futilidad del encolerizarse, la sociedad podrá alejarse de manera paulatina del riesgo de caer en la tiranía del capricho, la demagogia, la sinrazón, la barbarie y el caos, y permanecer en un ambiente de diálogo racional en el que la política pueda alcanzar su verdadero fin, que no es otro que contribuir al desarrollo en plenitud de la vida de los ciudadanos.

51 II, 21, 9.

52 Idem.

La muerte de Lucrecia como símbolo político

Cristina Martín Puente (UCM)

Los fundamentos cognitivos de la historiografía latina: conceptos, metáfora e ideología
XV Semana de la Ciencia 2015. UCM



Roma fue una monarquía desde su fundación legendaria en el 753 a. C. por Rómulo, descendiente del troyano Eneas, hasta el 509 a.C., cuando fue expulsado Tarquinio el Soberbio y se instauró la República.

Tito Livio, Plutarco, Dionisio de Halicarnaso, etc. cuentan que hubo siete reyes. Según Varrón, gobernaron durante 243 años (unos 35 años por reinado), información hoy no aceptada.



Reyes latinos	Rómulo (753-717 a. C.) Numa Pompilio (716-674 a. C.) Tulio Hostilio (673-642 a. C.) Anco Marcio (641-617 a. C.)
Reyes etruscos	Tarquino Prisco (616-578 a. C.) Servio Tulio (578-534 a. C.) Tarquino el Soberbio (534-509 a. C.)



El pueblo eligió a todos los reyes, excepto Rómulo, por sus virtudes y no por su ascendencia para gobernar de forma vitalicia.

Probablemente el rey era la cabeza ejecutiva del Senado romano, o bien poseía los diversos poderes y el Senado actuaba contrapeso de estos poderes.

Tarquinio el Soberbio en su reinado usó la violencia y el terror para mantener el control y derogó muchas reformas constitucionales de sus predecesores.

El colmo de su poder tiránico sucedió cuando su hijo deshonró a Lucrecia, una patricia romana.

Lucio Junio Bruto, pariente de Lucrecia y del rey —y antepasado de Marco Junio Bruto, el asesino de César—, convocó al Senado, que expulsó a Tarquinio de Roma (510 a.C.) e instauró la República (509 a.C.).





Tarquino y Lucrecia (1861), Mariano Fortuny, Real Academia de Bellas Artes de Sant Jordi (Barcelona)

Obra realizada en su época de pensionado en Roma, es una copia de la pintura *Tarquino y Lucrecia* de Felice Ficherelli.



La muerte de Lucrecia (1871), Eduardo Rosales. Museo del Prado. Primera medalla en la Exposición Nacional de 1871.

El padre y el esposo de Lucrecia sostienen su cuerpo sin vida, mientras su primo Bruto con el puñal ensangrentado en la mano, clama venganza.



Origen de la República Romana (1877) Casto Plasencia. Exposición Nacional de Bellas Artes. Museo del Prado.

Sobre las gradas del templo reposa Lucrecia, deshonrada por Sexto, el hijo del rey Tarquino el Soberbio. Dos mujeres lloran la muerte de la dama mientras rodean el cadáver su padre Lucrecio, su esposo Collatino, Publio Valerio y Bruto, que empuña un arma y jura venganza contra el rey. En frente el pueblo responde con los brazos en alto.

Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino, sobrino de Tarquinio y viudo de Lucrecia, fueron los primeros cónsules de la República.

Este régimen estuvo vigente casi quinientos años hasta que Julio César y César Augusto, con quienes se restauró paulatinamente una monarquía denominada Principado. Éste mantuvo las instituciones republicanas pero vaciándolas de contenido.

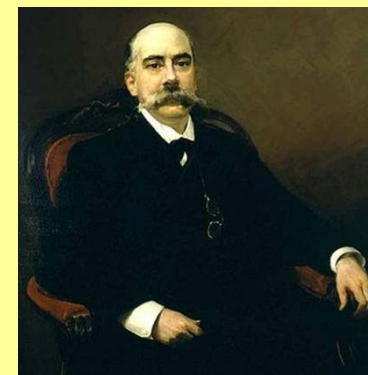
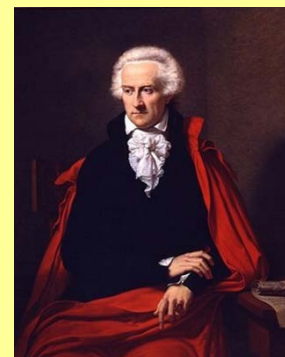


Denario acuñado en 55 a.C. con la efigie de Bruto.



Los griegos Dionisio de Halicarnaso, Diodoro Sículo y Plutarco, así como los latinos Tito Livio, Ovidio y San Agustín tratan el suicidio de Lucrecia.

Más tarde lo hacen, siguiendo sobre todo a Tito Livio, Boccaccio, Dante, Cristina de Pizán, Shakespeare, Sor Juana Inés de la Cruz, Rojas Zorrilla, N. Fernández de Moratín, Feijoo, Alfieri, Ponsard, Castelar, etc.



También muchos los pintores, grabadores y escultores inmortalizaron la leyenda: Durero, Tiziano, Lucas Cranach El Viejo, Botticelli, Joos Van Cleve, Rafael, Tintoretto, Lucca Giordano, Lucca Cambiaso, Rembrandt, Gianbattista Tiepolo, José Madrazo, Eduardo Rosales, Fortuny, Casto Plasencia, Damián Campeny, etc.



Tintoretto (c. 1560).
Chicago Art Institute



La Mort de Lucreèce, Victor Sappey, s. XIX



16th-century narrative illustration in the costume of the time, depicting Tarquinius's attack, and Lucretia's demand for justice before witnesses

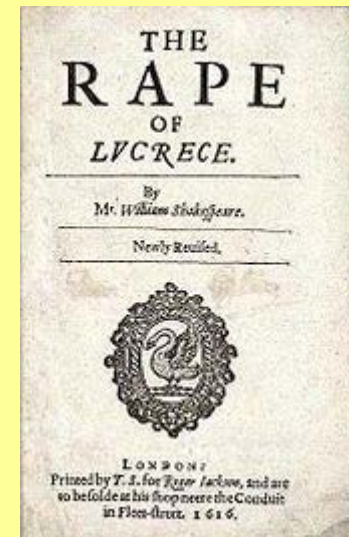


Roman de la Rose: Scene, Lucretia committing Suicide -- One of two men gestures before Lucretia with sword stabbing herself in torso from which blood flows. Más



Imago quinto decimo saeculo ligno incisa : dextra parte Sextus Tarquinius gladium tenens Lucretiam stupraturus est, laeva parte Lucretia sese necat coram marito Collatino et Lucio Bruto (barbato). Iohannes Boccacius, De claris mulieribus, editio incunabula.

The *Rape of Lucretia* de Shakespeare está registrado en el Stationer's Register en fecha 9 de mayo de 1595



The suicide of Lucretia, by Jörg Breu the Elder (c. 1475–1537)

La historia de Roma ha interesado a artistas e intelectuales porque se quieren ver similitudes con la política de su época y algunos episodios se utilizan como paradigma o como argumento para defender distintas tesis.

El tema de la honra ha tenido gran importancia a lo largo de los siglos, por ejemplo, en el teatro barroco y neoclásico, que tuvo una importante influencia en la sociedad.



Cuando todo le pareció seguro y todo el mundo dormía, fue con la agitación de su pasión armado con una espada donde dormía Lucrecia, y poniendo la mano izquierda sobre su pecho, le dijo: "¡Silencio, Lucrecia! Soy Sexto Tarquinio y tengo una espada en mi mano, si dices una palabra, morirás". (...) Tarquino comenzó a confesar su pasión, rogó, amenazó y empleó todos los argumentos que pueden influir en un corazón femenino. Cuando vio que ella era inflexible y no cedía ni siquiera por miedo a morir, la amenazó con su desgracia, declarando que pondría el cuerpo muerto de un esclavo junto a su cadáver y diría que la había hallado en sórdido adulterio. Con esta terrible amenaza, su lujuria triunfó sobre la castidad inflexible de Lucrecia y Tarquino salió exultante tras haber atacado con éxito su honor. Lucrecia, abrumada por la pena y el espantoso ultraje, envió un mensajero a su padre en Roma y a su marido en Ardea (...) , Espurio Lucrecio llegó con Publio Valerio, el hijo de Voleso; Colatino, con Lucio Junio Bruto (...). Al entrar ellos, estalló en lágrimas, y al preguntarle su marido si todo estaba bien, respondió: "¡No! ¿Qué puede estar bien para una mujer cuando se ha perdido su honor? Las huellas de un extraño, Colatino, están en tu cama. Pero es sólo el cuerpo lo que ha sido violado, el alma es puro; la muerte será testigo de ello. Pero dame tu solemne palabra de que el adúltero no quedará impune. Fue Sexto Tarquino quien, viniendo como enemigo en vez de como invitado, me violó la noche pasada con una violencia brutal y un placer fatal para mí y, si sois hombres, fatal para él" (...) "Es por ti", dijo ella, "el ver que él consigue su deseo, aunque a mí me absuelva del pecado, no me libraré de la pena; ninguna mujer sin castidad alegará el ejemplo de Lucrecia". Ella tenía un cuchillo escondido en su vestido, lo hundió en su corazón, y cayó muerta en el suelo. (Liv. 1.58)

El éxito de la historia de Lucrecia puede deberse a

- los elementos legendarios,
- el tema del abuso de poder por parte de un régimen tiránico en todo tipo de circunstancias que termina siendo castigado,
- el tema de la castidad femenina de la que depende la honra de toda la familia,
- el tema de las consecuencias políticas derivadas de un asunto privado,
- el tema del suicidio,
- la relación de la expulsión de Tarquinio con el asesinato de Julio César (los dos Brutos).

El episodio se presta a ser desarrollada como *exemplum* en obras de arte plásticas pictóricas o escultórica, composiciones poéticas, tragedias, óperas, capítulos de biografías de mujeres famosas, etc. a lo largo de la Historia de Occidente. Siempre se evoca con fines ideológicos y de adoctrinamiento.

“Pero es difícil, en esta larga y dilatada tradición, adivinar y reconocer, en cada circunstancia, por qué motivos se rememora o se reivindica, qué ideales concretos representa, qué función cumple en los diferentes momentos históricos en los que es interpretada.” (Otero Vidal 1996: 38-39)

Se pueden destacar dos momentos en la historia cultural española en que Lucrecia se pone de moda:

En el arte y la literatura español del siglos XVII y XVIII

- Juan Pastor, *Farsa o Tragedia de la castidad de Lucrecia* (primera mitad del siglo XV)
- Rojas Zorrilla, *Lucrecia y Tarquino* (1635-1640)
- Agustín Moreto, *Baile de Lucrecia y Tarquino* (antes de 1655)
- Juan Salvo y Vela, *Lucrecia* (1719)
- Manuel Francisco de Armesto y Quiroga, *La más heroica romana contra el poder de Tarquino*. Comedia nueva (1728),
- Nicolás Fernández de Moratín, *Lucrecia* (1763)
- Joan Ramis i Ramis *Lucrecia* (1769)

Palacio Fonseca (segundo tercio del s. XVI), atribuido a Rodrigo Gil de Hontañón o a su escuela.



En el teatro y en el arte españoles del siglo XIX, influido por el teatro barroco y neoclásico español y extranjero :

- Antonio Saviñón estrena en 1813 en Cádiz, durante el asedio de las tropas francesas, *Roma libre*, traducción de *Bruto primo* (1785) de Alfieri, considerado encarnación de la lucha contra Napoleón. Saviñón fue denunciado a la Inquisición, también se estrenó en Madrid, ese mismo año, después de la evacuación de los franceses, en 1836 en Santa Cruz de Tenerife y en 1838 en Valencia.
- *Lucio Junio Bruto* (1844) de José María Díaz.
- *Lucrecia* (1881) de Ildefonso de Valdivia y Ruiz-Bejarano.
- *La muerte de Lucrecia* (1884) de Leopoldo Cano Masas, inspirado por el cuadro *La muerte de Lucrecia* de Rosales (1871).



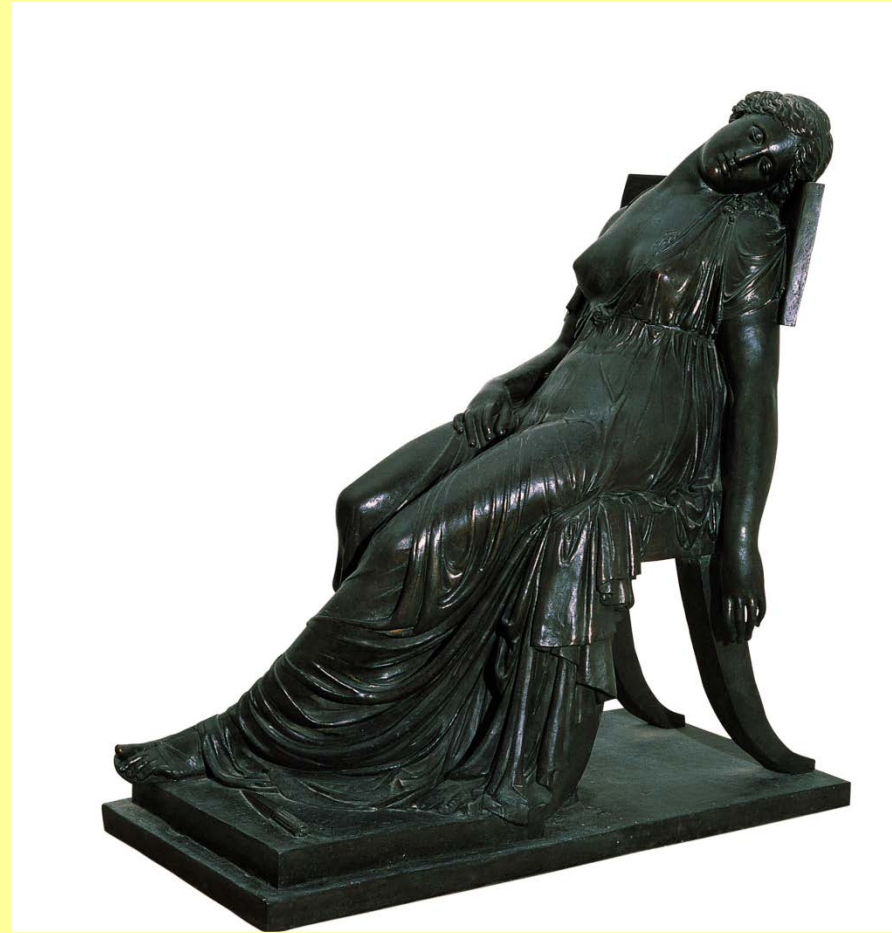
Los lictores llevan a Bruto los cuerpos de sus hijos (1789), Jacques-Louis David, Museo del Louvre, París.

En el arte español del siglo XIX

Lucrecia muerta (1804) de Damián Campeny. Real Academia de Bellas Artes de San Jorge, Barcelona

Fue modelada en Roma en 1804 y desde allí enviada a Barcelona donde en 1833 con la ayuda de un marmolista italiano se pasó a mármol, y a bronce. Notorio influjo de Canova.





Lucrecia (1803), Damián Campeny. MNAC, Barcelona.



Lucio Junio Bruto (1844) de José María Díaz

El tema fundamental de esta obra, la más fiel a las fuentes clásicas, es la lucha por una libertad respetuosa con las leyes y la preeminencia de los intereses de la patria sobre los individuos. Como el título pone de manifiesto, Lucrecia carece de protagonismo, sólo es una de las víctimas que ha de sacrificarse por la libertad de la patria. Su violación y su suicidio son necesarios para desencadenar una revuelta política que ya estaba latente. Díaz no cuestiona la importancia de la honra de una mujer virtuosa y sumisa, como Lucrecia.

José María Díaz retratado en *Los Poetas contemporáneos* (1846) por Antonio María Esquivel - Museo del Prado, Madrid

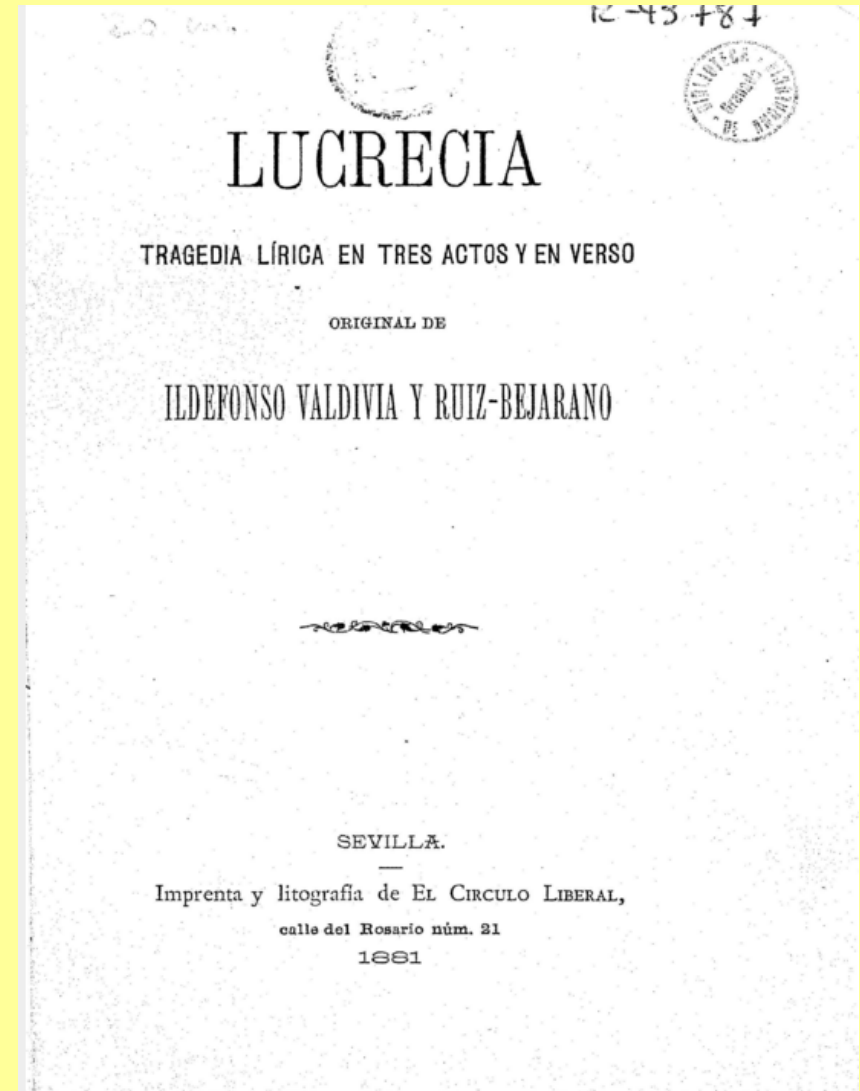




José María Díaz retratado en *Los Poetas contemporáneos* (1846) por Antonio María Esquivel - Museo del Prado, Madrid

Ildefonso de Valdivia y Ruiz-Bejarano, escribió una obra de teatro titulada Lucrecia (1881).

Valdivia proclama la igualdad de todos los ciudadanos y los esclavos ante la ley, pero otorga un papel claramente diferenciado a hombres y mujeres. Cuando los hombres no cumplen el suyo, las mujeres tienen que espolearlos para que no se conviertan en “mujeres”. Según un arúspice, Júpiter exige una víctima y Lucrecia se llama a sí misma “víctima expiatoria”, pero “llevará con contento / el acerbo tormento / que sufrirá al morir” (acto I, escena VII). Al contrario que la Ifigenia de Eurípides, no se plantea nunca que no quiere morir, pues sabe que tiene que hacerlo por la libertad de Roma.



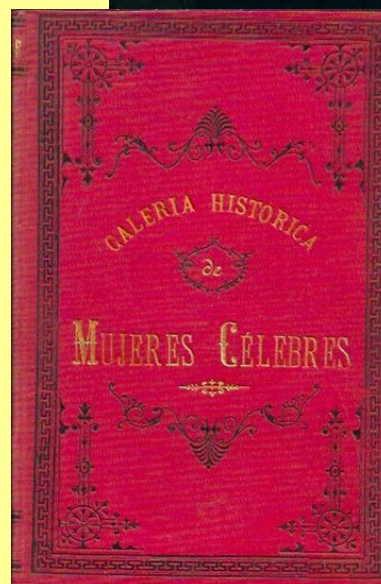
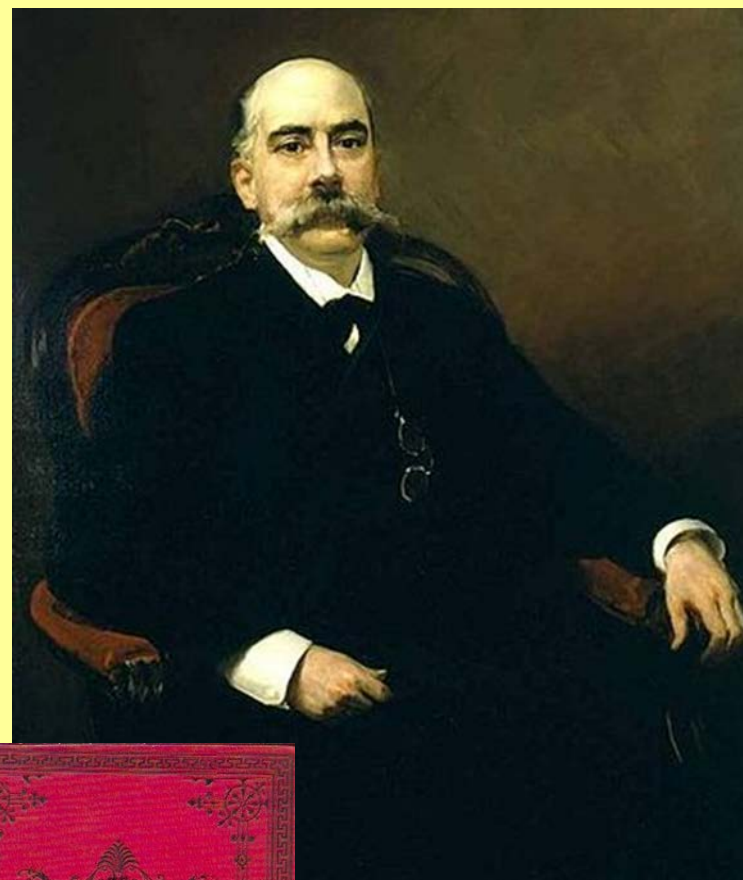
Leopoldo Cano Masas (1844-1934), autor liberal al que la crítica suele incluir dentro del Realismo y entre los discípulos de Echegaray, debió de quedar tan impresionado por el cuadro *La muerte de Lucrecia* de Rosales, que escribió una tragedia del mismo título, *La muerte de Lucrecia* (1884), menos apegada a las fuentes que las anteriores.



En esta obra la vida de la casta Lucrecia no tiene salvación, sólo su honra se salvará, si hay venganza, que es lo que queda, cuando no hay justicia. Lucrecia, a quien se contrapone la mujer incestuosa y parricida del rey, tiene, por tanto, una responsabilidad grandísima, que asume sin quejarse, puesto que **“antes que la ley de Roma / está la ley del honor”** (escena X). Su ultraje se une al del pueblo romano, que no parece reaccionar, y pide una venganza que también incluye a todo el pueblo. La joven romana quiere así regar la patria con su sangre para incitarla a luchar, porque la libertad no se pide se tiene que tomar (escena final); de paso enseñará las leyes del decoro al pueblo criminal que ha sufrido al tirano y conseguirá su gloria como modelo de mujer para la posteridad. Mientras Lucrecia aguarda a que llegue su esposo, habla con su padre, que siempre le inculcó que la mujer no debe sobrevivir a su honra, incluso en un aparte dice, dudando de su hija: “¡Ay del que fía / en la fragilidad de las mujeres!” (escena IX). Tampoco su esposo le quita la idea del suicidio. Lesbia resume así la situación: “¡Las mujeres, al martirio; / los hombres a la batalla!” (escena VI)

“todo déspota intenta dorar las cadenas de sus esclavos con glorias militares y divertir los deseos de libertad en los empeños de la guerra. El sitio de Ardea (...) ocupaba en una especie de vistoso juego militar a los nobles y a los plebeyos, que pudieran dejarse atraer y seducir al reclamo de las tenaces aspiraciones políticas, tan extendidas como arraigadas, hacia el derecho y hacia la libertad” (p. 364).

“Lo cierto es que ha quedado Lucrecia en la memoria universal como el prototipo de la matrona romana, cuya virtud acaba con la tiranía, sustituyéndole la santa y fecunda libertad” (Castelar, *Galería histórica de mujeres célebres*, p. 382).



El presidente
Castelar (Joaquín
Sorolla, 1901)

La Historia de Roma y Tito Livio en especial siguen siendo fuente importante de argumentos para obras literarias y artísticas, que en la mayoría de los casos tratan de transmitir una ideología determinada.

Los sucesos y los personajes les sirven para demostrar sus tesis sobre las bondades o la perversión de un régimen determinado, de unas conductas morales, de unos patrones sociales, etc.

El tema de la mujer como portadora de la honra de toda una familia ha sido especialmente querido a lo largo de los siglos.

Al igual que la historiografía en la Antigüedad, el teatro y el arte en el Barroco y el neoclasicismo se han utilizado para adoctrinar al pueblo y transmitirle una determinada ideología. El tema de Lucrecia es un buen ejemplo.

¿Historia antigua o historia reciente? Claves de la historiografía epistolar en Plinio el Joven y la figura del destinatario universal

Ana Carrasco Conde (Universidad Complutense de Madrid)

CLAVES DIDÁCTICAS. Este trabajo incide, vertebrándose en la idea de “historiografía epistolar”, en la pertinencia de emplear documentos alternativos a los grandes tratados o poemas, para abordar la forma de dar cuenta de la historia y de mostrar los aspectos ideológicos de una época concreta. Un ejemplo de ello es el proceder de Plinio el Joven que, aunque estuvo muy interesado por la labor del historiador, no escribió ningún tratado. Lo que tenemos es, como herramienta de análisis y estudio, su abundante correspondencia, relevante en primer lugar para entender su pensamiento; en segundo lugar para analizar su vida, tan intrincada con los grandes personajes del devenir histórico de su tiempo debido a su posición social y a los altos cargos que ocupó; y para recabar información sobre la vida político social del Imperio de finales del siglo I y comienzos del siglo II.

Conocido por su carta a Tácito sobre la erupción del Vesubio (VI, 16)¹, por su carta sobre los fantasmas a Licinio Sura (IV, 27) e incluso, en un ámbito más especializado, por su adulator *Panegírico a Trajano* o su correspondencia con el emperador (libro décimo del epistolario), que constituyen una fuente documental de gran relevancia para conocer la actividad de un gobernador provincial, no es habitual incluir a Plinio el Joven en los estudios sobre historiografía latina, en los que sí encontramos a contemporáneos suyos como Suetonio o Tácito, aunque de seguir algunos de los comentarios que pueden rastrearse en su conocida y muy numerosa correspondencia, sabemos de su gran interés por la historia y de su deseo por ocuparse de ella, aunque nunca encontró el momento adecuado para ello. De entre todas esas cartas, una, dirigida a Titinio Capitón, en el libro VI, destaca a la hora de abordar qué es la historia para Plinio, en qué consiste la tarea del historiador y en qué sentido es importante ocuparse de ella. “Me animas –le escribe a Titinio Capitón- a que escriba historia, y no me animas tú solo; muchos otros me lo han aconsejado con frecuencia, y me agrada la idea, no porque piense que lo haría de un modo adecuado [...] sino porque me parece especialmente hermoso no permitir que caigan en el olvido aquellos que se merecen la inmortalidad”².

¹ La correspondencia puede consultarse en Plinio el Joven: *Cartas*, Gredos, Madrid, 2005. Traducción de Julián González Fernández. Se citará por esta edición.

² Ibid, pp. 264-265.

El concepto de historia, muy en la línea de la historiografía griega, hace de la historia una herramienta contra el olvido que, por decirlo con Tucídides, salva los fenómenos, las grandes hazañas, para convertirlos en “monumentos para siempre”³, pero hace además de ello una tarea “hermosa” a un nivel moral: es hermoso, por lo que se lee en el fragmento citado de la carta, no permitir que se desvanezca lo que merece perdurar. Sabemos que Plinio el Joven finalmente no se decidió a llevar a cabo tan *hermosa* tarea en ningún tratado de historia. En efecto, lo que tenemos de Plinio el Joven es ante todo su abundante correspondencia, relevante no sólo para entender su pensamiento, sino también para analizar su vida, tan intrincada con los grandes personajes del devenir histórico de su tiempo debido a su posición social y a los altos cargos que ocupó: de ahí que pueden considerarse fuente de información sobre la vida político social del Imperio de finales del siglo I y comienzos del siglo II. La correspondencia de Plinio el Joven constituye una fuente inagotable de información sobre la vida y organización social de Roma en la época de Trajano. En este aspecto, se ha discutido muy a menudo, de forma especialmente virulenta a principios del siglo pasado, si las cartas son auténticas o bien se trata de ensayos retóricos en forma de cartas que sin son documentos históricos de importancia fue porque Plinio, a su manera, escribió historia a través de sus cartas al hacerse él mismo *istor* en el uso del concepto que hace Herodoto de Halicarnaso como testigo de los hechos, lo que le permite “*istorear*”, esto es, informarse para dar cuenta de lo que sucede no a partir del testimonio de terceros, sino de sí mismo. Plinio es un “*istoriador*” que informa a través de sus cartas. Por tanto, si Salustio narra el retrato de la decadencia de la sociedad republicana, con la consiguiente concepción moralizante de la historia y su conocida máxima de que “es preciso conocer su historia (de Roma) para imitar lo bueno y rechazar lo malo”, Tito Livio es el entusiasta creador de la Historia Romana con un propósito ético y didáctico, o Tácito establece un “tribunal de la Historia”, Plinio será el gran configurador de testimonios indirectos de la historia de la época de Trajano.

En este texto se analizarán las cartas de Plinio el Joven desde un punto de vista historiográfico, pero partiendo de algunos de los presupuestos acerca de lo que entiende Plinio por historia que pueden ser encontrados en esa carta ya mencionada a Titinio Capitón. Por ello este trabajo constará de tres partes y se desarrollará en torno a tres fragmentos de la carta: I. La historia contra el olvido; II. ¿Historia antigua o historia reciente?; III. El destinatario “universal” de las cartas.

³ Cfr. *Historia de la guerra del Peloponeso*, L.I,c.XXII

I. LA HISTORIA CONTRA EL OLVIDO

“Me animas –le escribe a Titinio Capitón- a que escriba historia, y no me animas tú solo; muchos otros me lo han aconsejado con frecuencia, y me agrada la idea, no porque piense que lo haría de un modo adecuado [...] sino porque me parece especialmente hermoso **no** permitir que caigan en el olvido aquellos que se merecen la inmortalidad”⁴.

La carta es muy breve pero expone de forma concisa qué es la historia según Plinio el Joven y sus dudas sobre a qué periodo ha de dedicarse. En primer lugar hay que destacar algo ya indicado: que la historia tiene como función proteger del olvido lo que es digno de ser immortalizado y que tal tarea es, ante todo, moral. ¿Pero qué es lo que merece ser immortalizado o quien lo decide? La influencia del estoicismo y de Cicerón en el sobrino de Plinio el Viejo aparece marcadamente en el estudio de las *Cartas*, si bien es cierto que no se muestra partidario de ninguna doctrina filosófica concreta y, en ocasiones, su conocimiento de los planteamientos de dichas doctrinas se emplea para rebatirlas. Por lo que se refiere a la historia, Plinio coincide con Cicerón en que la importancia radica en los hechos que nos transmite. De hecho en la carta V, 8 define la historia en términos muy cercanos a los defendidos por Cicerón: la importancia de la historia para immortalizar aquello que merece ser recordado, en una línea muy cercana a la seguida por Tucídides, a quien cita en la carta, que hace del objeto de la historia el “bien duradero” frente al objeto de la oratoria: el “trabajo hecho para competir”⁵. El bien duradero no sólo immortaliza y protege del olvido lo que merece ser recordado, sino que lo recordado es aquello que, a su vez, inspira a los hombres un modelo a seguir, algo que ya se ve en el pensamiento griego (pensamos en el modelo a seguir en el que se erige Aquiles), pero también en el pensamiento romano donde aparece una relación indisoluble entre la *res gestas* con la *historia rerum gestarum*, es decir, con la creencia de que las hazañas militares y políticas por sí mismas no tienen valor, sino sólo en la medida en la que pueden renovarse en el recuerdo y pueden de este modo estimular para la realización de nuevas hazañas. ¿Qué es por tanto lo que merece ser recordado? Aquello que merece ser imitado. En la sociedad romana encontramos de este modo el estímulo continuo e insistente de la presencia del pasado en la sociedad romana para estimular nuevas gestas, tal y como se expresa en el conocido verso de Ennio “*moribus*

⁴ Plinio el Joven: *Cartas*, op. cit., pp. 264-265.

⁵ *Ibid*, p. 266.

antiquis res stat Romana virisque” (Fr. 156 Skutsch = 500 V) (“La república romana se funda en la moralidad tradicional de sus hombres”), pero también, ligado a ello, la necesidad del recuerdo de los hombres que sus acciones de forma ejemplar⁶. Así en la carta a Titinio Capitón, Plinio afirma: “encuentro en los escritos de los filósofos que nada es más digno que seguir las huellas de los antepasados, con tal de que ellos hayan caminado por el camino recto”⁷.

Se podría afirmar, indagando en esta influencia de Cicerón sobre Plinio, que en el origen de la numerosas y variadas tomas de postura ciceronianas sobre la historia un papel fundamental lo desempeña su preocupación por los daños que el *oblivio* del pasado ha producido en la sociedad, en particular sobre la idea misma del Estado. Una expresión ciceroniana de gran potencia advierte: “Desconocer qué es lo que ha ocurrido antes de nuestro nacimiento es ser siempre un niño”⁸. El texto prosigue: “¿Qué es, en efecto, la vida de un hombre, si no se une a la vida de sus antepasados mediante el recuerdo de los hechos antiguos? El recuerdo del pasado y el recursos a los ejemplos históricos proporcionan, con gran deleite, autoridad y crédito a un discurso”⁹. En *El orador* se encontrará así una reflexión sobre la función social y psicológica de la conservación de la memoria, que trasciende su utilización en los foros de oratoria. Todo ello hace recordar otro pasaje de Cicerón, donde dirigiéndose a su amigo Varrón, el orador daba las gracias al célebre estudioso de las antigüedades romanas porque “tus libros, por así decirlo, nos han devuelto a casa mientras nos movíamos como extranjeros en nuestra misma ciudad, permitiéndonos por fin darnos cuenta de quiénes éramos y de dónde veníamos (*qui et ubi essemus*)”. Cicerón hizo referencia a las *Antiquitates* de Marco Terencio Varrón (*Antiquitatum rerum humanarum et divinarum libri XLI*) y enumeró sus contenidos: historia de la ciudad, secuencias cronológicas, reglas de las ceremonias y los sacerdocios, ordenamientos de la paz y de la guerra, topografía de regiones y lugares, denominaciones, tipologías, funciones y causas de todas las realidades divinas y humanas. Aquí Cicerón recogió de este modo el conjunto de las manifestaciones de la vida social y religiosa de la ciudad, que, al caer en el olvido, habían oscurecido la propia identidad colectiva (quiénes somos y de dónde somos). Las obras de (l

⁶ Cfr. VVAA: “Roma: la invención del Estado: Cicerón, la historia y la política”. En portal Antiqua. URL <http://antiqua.gipuzkoakultura.net/moribus_antiquis.php>

⁷ Plinio el Joven: *Cartas*, op. cit., p. 265.

⁸ Cicerón: *El orador*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, p. 87.

⁹ *Ibid*, p. 87.

anticuario) Varrón permitieron a los ciudadanos romanos recuperar esta identidad y, por tanto, estar en condiciones de obrar de forma más consciente en el interés de la patria¹⁰.

Otro de los elementos que aparecen vinculados a Cicerón es la comparación que Plinio establece entre la oratoria y la historia a los preceptos que aparecen en *Sobre el orador* (II, 66) en un tiempo en el que la historia es considerada un género literario en sí mismo, una narración: “Próxima a la oratoria es la historia, en la que hay elegantes narraciones y frecuentes descripciones de lugares y batallas: se intercalan también arengas y exhortaciones; pero en ellas se busca un estilo igual y fluido, no un estilo tenso y vivo”¹¹. Pero Plinio el Joven, más allá de Cicerón, considera que aunque la oratoria y historia se han concebido de forma muy próxima, éstos son los elementos que diferencian ambas áreas:

“Es cierto que la oratoria y la historia tienen muchos puntos en común, pero incluso en esos puntos que parecen comunes hay muchas divergencias. Narra la una y narra la otra, pero de una manera diferente. A la oratoria le convienen sobre todo temas humildes y ordinarios, sacados de la vida cotidiana; en cambio a la historia los hechos recónditos, extraordinarios y sublimes; la primera debe tener en general un esqueleto, músculos y nervios, la segunda una complexión robusta y, por así decirlo, crestas; a la oratoria le cuadra un estilo vigoroso, áspero, apasionado, a la historia uno relajado, festivo e incluso dulce; por último difieren en vocabulario, sonoridad y construcción del período”¹².

II. QUÉ HISTORIA

Sabemos entonces que para Plinio el Joven la historia narra algo para inmortalizarlo, que ese algo está asociado a las grandes gestas extraordinarias y sublimes, que ha de presentarse de forma robusta y contundente, como una forma robusta y maciza ha de tener el pasado y que el tono con el que se cuenta no requiere del arte de la convicción, sino el del evocar el recuerdo no para que integre la creencia en algo nuevo que se asume por convencimiento, sino para que se despierte algo antiguo que, de suyo, ya estaba allí, conformando la identidad del pueblo que escucha la historia con orgullo. Plinio sabe de la importancia de la

¹⁰ VVAA: “Roma: la invención del Estado: Cicerón, la historia y la política”. En portal Antiqua. URL <http://antiqua.gipuzkoakultura.net/politica_e_historia.php>

¹¹ Cicerón: *El orador*, op. cit., p. 62.

¹² Plinio el Joven: *Cartas*, op. cit., p. 266.

historia y a ella quiere consagrarse. En el curso de su misiva a Titinio Capitón plantea otra cuestión: la historia a la que debe dedicarse:

“tú puedes ya considerar ahora qué período de la historia debería abordar. ¿La historia antigua, ya escrita por otros autores? El material ya está preparado, pero su comparación implica un gran trabajo. ¿La historia reciente, aún sin escribir? El resultado: un mínimo reconocimiento y graves resentimientos. Pues, además del hecho de que en medio de tanta depravación general hay más cosas que censurar que elogiar...”¹³.

Este comentario de Plinio nos hace pensar que la labor del historiador, de dedicarse a la historia antigua, estaría despolitizada y se reduciría a ordenar documentos. La del historia que se dedicara a la “historia reciente” conllevaría, sin embargo, una implicación política y una valoración de los hechos consignados: al fin y al cabo del pasado, los hechos a ser recordados ya estarían decididos y los del pasado reciente habrían de ser juzgados y seleccionados. Pero hemos dicho que Plinio el Joven es un “*istoriador*”, es decir, un testigo de los hechos de ahí que su elección sería la de la historia reciente... pero ¿cómo sortear el mínimo reconocimiento y los graves resentimientos? A través de una forma de narrar la historia lejos del tratado histórico, pero sí muy cerca de una “historia a través de sus cartas” que hacen de sus epístolas material para la historiografía. Podría así evadirse de los juicios en contra de quien estudia la historia reciente: “si elogias la actuación de alguien, aunque lo hayas hecho muy generosamente, se dirá que has sido muy parco, pero si has hecho una crítica, aunque la hayas hecho con gran moderación, se dirá que ha sido excesiva. Pero estas consideraciones no me detienen, pues tengo suficiente coraje en defensa de mis convicciones”¹⁴. En este sentido es preciso recordar las discusiones en torno al verdadero objetivo de las cartas: si son verdaderas cartas, si se trata de ensayos retóricos o bien, podemos añadir, una forma de dar cuenta de una “epístola histórica” que hable de la historia reciente evitando reacciones contra su testimonio. Sus cartas facilitarían información sobre aspectos jurídicos, sociales o políticos de la vida de su tiempo, así como la historia de las ciencias, las artes y las técnicas más diversas. A través de sus testimonios, por ejemplo, los vulcanólogos se han ocupado de la erupción del Vesubio o los ingenieros de la construcción del canal de Bitinia, los estudiosos del arte y de la cultura de la existencia de bibliotecas privadas... Por lo dicho, por un lado en Plinio el Joven encontraríamos la

¹³ Ibid, p. 267.

¹⁴ Ibid, p. 267.

herencia griega de la importancia de las fuentes directas: de la visión de lo narrado, como en Herodoto, que también aparecerá en Tácito cuando le pregunte a Plinio por acontecimientos que él conoce mejor (Epis. 6, 16-7,33) o en Marcelino Amiano en relatar sucesos vistos por él. Y, por otro lado ¿no era este el propósito de la historia según Cicerón? ¿dar cuenta de lo que debe recordarse dentro de una sociedad dada? Cicerón, siguiendo a Varrón, cree que es posible recuperar la memoria perdida del pasado y transmitirla a los conciudadanos a través de profundas y cuidadosas investigaciones de los documentos y los monumentos que estén al alcance del historiador. Esta idea animó la “evocación histórica” –por diferenciarla de la labor historiográfica- en una perspectiva política, a la que el propio Cicerón se dedicó en los últimos años de su vida.

III. EL DESTINATARIO “UNIVERSAL” DE LAS CARTAS

Por otro lado, si las cartas son en sí mismas la forma que tiene Plinio el Joven de dar cuenta de la “historia reciente” la pregunta que podemos hacernos es quién es el destinatario de esas cartas. Podríamos decir que esas cartas, dirigidas a individuos concretos, están escritas para ser leídas por un destinatario universal, por todos aquellos que vayan a leer las cartas. En la carta a Titinio Capiton leemos que lo que éste le sugería era revisar sus discursos al mismo tiempo que escribía historia, pero, aunque el propio Plinio destaca las diferencias entre la oratoria y la historia, podría entender que el medio que está empleando para escribir historia son justamente las cartas porque aunque su propósito no fuera éste directamente, sí lo era devenir el mismo inmortal y no “caer en el olvido” por su obra, con un concepto de gloria que ya no era exclusivamente militar o política, sino literaria: que fuera recordado por la posteridad gracias Tácito o por él mismo en la obra que él dejara lista y bien pulida, como sabemos, por nuestra carta, que él pretendía: “Tengo el convencimiento, convencimiento que estoy seguro de que resultará cierto, de que tus historias serán inmortales por lo que deseo aún más (lo admito francamente) ser incluido en ellas”¹⁵ (VII, 33, 1-2).

¹⁵ Ibid, p. 382.

**ROMA ETERNA Y ROMA DECRÉPITA:
TEXTOS PARA LA REPRESENTACIÓN DEL DECADENTISMO EN LA
HISTORIOGRAFÍA LATINA**

1)

Tal como pueden encontrarse en las páginas de la narrativa histórica latina, hay dos concepciones del tiempo en la escritura de la historia: una cuyo modelo de tiempo es la vida del individuo, como una secuencia *irreversible* desde un principio hacia un final (la llamaremos visión biológica), y la que ve *un tiempo sin fin, reversible*, sucediéndose como ciclos, igual que las estaciones se suceden unas a otras año tras año (la llamaremos visión cíclica).

Estas dos visiones pueden ponerse en relación con el Mito hesiodeo de las Edades o las Razas. La lectura que hace Hesiodo de la historia de la Humanidad es decadentista: la evolución que propone tiene un origen paradisiaco que poco a poco va degenerando hasta un presente penoso - al que se augura un futuro catastrófico.

Una lectura de este tipo puede encontrarse en la historia de Roma que escriben los ideólogos romanos. El más antiguo historiógrafo decadentista que yo pueda mencionar sin duda es Catón el Censor, a caballo de los siglos III y II a.C. Conservamos escasos fragmentos de su obra histórica, los *Orígenes*, pero Plutarco nos habla de él captando claramente esa idea:

(...) ya entonces la república, por su tamaño, no conservaba la pureza, sino que, al gobernar muchos asuntos y hombres, había mezclado muchas costumbres y aceptado ejemplos de todo tipo de maneras de vivir. Lógicamente, por tanto, admiraban a Catón cuando veían a los demás debilitados por los trabajos y ablandados por los placeres, y a aquél, en cambio, no vencido por ninguno de los dos. [Plutarco: Catón el Viejo 4,2; trad. J. M Guzmán Hermida]

La explicación de Plutarco (la expansión del poder de Roma como fuente de sus problemas) se ajusta más bien a la de un griego de su tiempo que a la de Catón. Pero el autor griego es insistente sobre el combate que el severo Catón sostenía contra el lujo y el dinero. Catón concebía la decadencia como una debilitación causada por el lujo, al que acompañaba una economía inflacionaria. Se queja de una ciudad sofisticada en la que un buen pescado puede costar tanto como un buey - ¡que era el tractor de la época!

Pero es Salustio, en los años 30 del siglo I a. C., el que nos ofrece una explotación política de la idea como recurso analítico y se atreve a poner fechas a las etapas de la desintegración:

Por lo demás, la moda de los partidos populares y las banderías y, a continuación, de todos los malos procedimientos, surgió en Roma unos pocos años antes, debido a la ociosidad y la abundancia de esas cosas que los hombres consideran más que nada. Pues antes de la destrucción de Cartago el pueblo y el senado romano trataban con calma y mesura entre ambos los asuntos públicos y no había entre los ciudadanos pugna por la gloria y el poder. El miedo al enemigo (metus hostilis) mantenía a la ciudad dentro de los buenos modos. Pero cuando aquel temor se les fue del pensamiento, hicieron acto de presencia esas dos cosas que ama la prosperidad: la frivolidad y la altanería. De este modo el ocio que habían anhelado en época de crisis, una vez logrado, resultó más desagradable y amargo que aquélla. Pues la nobleza comenzó a tomarse a capricho su superior función, el pueblo su libertad, y cada cual a llevarse para sí, saquear y robar. De esta manera, todo fue arrastrado a una parte u otra, y la república, que estaba en medio, quedó desgarrada. [Salustio: Guerra de Yugurta 41,2-5; trad. B. Segura Ramos]

Frente a un pasado idealizado, la fecha que inicia la decadencia de Roma se corresponde con nuestro año 146 a. C. Ese año Roma destruye hasta los cimientos Cartago y Corinto: eliminados los cartagineses y los griegos, ya no queda nadie en el Mediterráneo que pueda hacerle frente. Es entonces cuando Roma perdió el miedo al enemigo. En la caída de los muros hay una analogía posible con el mundo contemporáneo: Roma se ha convertido en potencia hegemónica - como EE UU tras la caída del muro de Berlín.

Si el símil puede sostenerse, EE UU debería tener cuidado por el futuro. La naturaleza imperial de Roma también se vio afectada por un cambio a peor, aunque Cicerón lo situase en un período ligeramente posterior al análisis de Salustio:

Hubo un tiempo en que el imperio del pueblo romano se sostenía sobre los favores, no sobre los abusos; las guerras se hacían en defensa de los aliados o en pugna por nuestra supremacía, y las consecuencias de las guerras eran suaves o no excedían lo imprescindible; el Senado era abra y refugio de reyes, pueblos y naciones; nuestros magistrados y generales se esforzaban por obtener la gloria máxima de una sola cosa: defender provincias y aliados con equidad y lealtad. Aquello podría, pues, llamarse con más exactitud un “patronazgo” sobre el mundo entero que un imperio.

Ya desde antes de Sila habíamos ido perdiendo el rigor de esas costumbres, pero tras su victoria lo perdimos del todo. Ningún acto parece ya injusto con los aliados después de haber vivido tamaña crueldad con los propios ciudadanos. [Cicerón: Sobre los deberes 2,26-27; trad. J. L. Conde]

Para Cicerón, que está escribiendo poco antes de su muerte, en el año 44, El comportamiento de Sila en Grecia durante los años 80 le parecía un colmo, pero la verdadera decadencia había empezado "antes de Sila", con la llegada de los hermanos Graco y la crisis de la aristocracia romana, en los años 30 y 20 del siglo II a.C.]

2)

El siglo I a. C. era un momento en que todas las ideas decadentistas pudieron triunfar. Es fácil de comprender el pesimismo causado por el estado permanente de guerra y, por lo tanto, también el que podría permitir, e incluso desear, que triunfara una lectura del Mito de las Edades no biológica, sino cíclica - una lectura optimista. A ese propósito, se está abriendo paso en ese siglo en Roma una idea que no hay que dar por supuesta: la idea de eternidad, de un tiempo sin fin.

En último extremo, como la “invención” del cielo, es una idea griega: concretamente de Posidonio. Pero a fin de cuentas también fue otro griego, Polibio, quien había dicho que Roma había resuelto el problema de la *ανακύκλωσις* política con una constitución cuyo equilibrio no se rompía. La idea de eternidad estaba a la moda a

mediados de siglo: el propio Cicerón la abraza en "El sueño de Escipión". "Eternidad" es lo que Júpiter promete al imperio de Roma según Virgilio:

Yo ni límites pongo a sus dominios

Ni les señalo tiempos: un imperio

Les he dado sin fin [Virgilio: *Eneida* 1,278-9; trad. A. Espinosa Pólit]

La idea de una *Roma aeterna* (que puede encontrarse también ya en otros poetas augusteos, como Ovidio o Tibulo) sólo puede hacerse por abstracción de los ciclos. No hay un verdadero principio ni un verdadero final. Después de un proceso otoñal, volverá la primavera. La manera romana de formularla es una reinterpretación del Mito de Hesíodo en una clave para la que empleo la expresión de Mircea Eliade: el eterno retorno. La utopía optimista es el retorno al comienzo, al Reino de Saturno.

Y este varón, ¿lo ves? , ¿el que los dioses

Tanto te han prometido, Augusto César?

Casta de un dios, al Lacio el Siglo de Oro

Hará volver, el siglo de Saturno [Virgilio: *Eneida*, 791-795; trad. Espinosa Pólit]

Este varón que devolverá a la atribulada gente de Roma al paradisíaco Reino de Saturno es, naturalmente, Augusto. Augusto tuvo mucho cuidado en presentar a los romanos la idea de que, después de una decadencia imparable de la que era testigo el siglo de hierro, el siglo I a. C., con sus guerras civiles y externas, en el año 17 volvía a comenzar todo. Comenzaba un nuevo *saeculum*, una nueva edad de oro, contaminada con la idea de eternidad, y contrató a Horacio para que escribiera el himno de ese renacimiento para siempre: el *Carmen saeculare*.

3)

A finales del siglo I d. C., después de la experiencia Julio-Claudia, de las guerras civiles del año 69 y del gobierno de Domiciano, toda aquella fiesta se había olvidado.

La línea que podemos llamar decadentista ha vuelto con toda su pujanza de la mano de Tácito, que es un seguidor muy consciente del estilo y la ideología de Salustio:

El viejo deseo de poder [potentiae cupido], arraigado desde siempre en la naturaleza humana, maduró hasta reventar con el crecimiento del imperio. Cuando nada sobraba, era fácil que hubiese igualdad, pero la conquista del mundo y la destrucción de ciudades y reyes rivales liberaron los deseos de ganancias seguras: primero estallaron los conflictos entre patricios y plebeyos; hubo tribunales subversivos, hubo cónsules prepotentes, y en la Urbe y el foro se ensayaron las guerras civiles. Luego Gayo Mario, surgido de lo más bajo de la plebe, y el más cruel de los nobles, Lucio Sila, después de derrotar la libertad con las armas, impusieron el despotismo. Después de ellos, Gneo Pompeyo fue más furtivo, no mejor - y ya el único objetivo fue el principado [Tácito: Historias 2,38; Trad. J. L. Conde]

El análisis de Tácito no hace recaer la decadencia ya en la corrupción por el dinero, o en la pérdida del miedo al enemigo, sino directamente en la ambición de poder. Como para su contemporáneo Plutarco, el problema es el poder. Cambia el punto de inflexión, pero no cambia el análisis de la evolución. Naturalmente, la naturaleza subjetiva de esta mirada queda al desnudo cuando observamos que, lo que para Salustio eran ya tiempos irremediabilmente condenados al vicio, son para Tácito, siglo y medio más tarde, todavía oasis de la virtud:

Autores celebérrimos testimonian que el desprecio de los vencedores por todo lo sagrado fue tan grande, que un soldado raso de caballería, declarando que en reciente combate había matado a un hermano, pidió a sus jefes una recompensa. A éstos, ni las leyes humanas les permitían premiar esa muerte ni la lógica de la guerra vengarla: le dieron largas alegando que merecía más de lo que podían desembolsar en el momento. Y hasta aquí llega el relato. No obstante, también en anteriores guerras civiles se había producido un crimen comparable: en la batalla que se libró en el Janículo contra Cinna, un soldado pompeyano mató a su hermano. Luego, cuando se dio cuenta de su fechoría, se quitó la vida, según recuerda Sisenna: hasta ese extremo llevaban nuestros ancestros lo mismo el orgullo por las virtudes que el remordimiento por las infamias. [Tácito: Historias 3,51; Trad. J. L. Conde]

Para quien no lo recuerde, diremos que Cinna es contemporáneo de Sila - una época que tanto Salustio como su coetáneo Cicerón veían ya como decadente. A pesar de las diferencias de análisis causales y de que las fechas de la caída se aproximan siempre a aquellas en las que vive el historiador, este pensamiento decadentista podríamos llamarlo "historiográfico" y al otro "épico" (o poético) si no fuera porque existen muy significativas excepciones: hay una corriente historiográfica en época republicana, la analística, que parte de una mirada optimista de la historia de Roma; y hay también una épica convencida de que la historia ha perdido el rumbo y de que el mal ha triunfado. Eso es lo que transmite el célebre hexámetro de Lucano:

Victrix causa deis placuit, sed victa Catoni [Lucano: *Farsalia* I,128]

La coexistencia de dos visiones mitológicas contradictorias (una doctrina oficial sobre la eternidad de Roma, construida sobre el modelo cíclico, y una ideología crítica, que explicaba la filogenia en clave ontogénica y leía la evolución política y social sobre el modelo biológico del individuo) provocará inevitables conflictos en la escritura de los historiadores, más cuanto más se avanza en el imperio. Es el historiador Floro, en época de Adriano, el que propone una lectura más nítida de la historia de Roma como un individuo, de la cuna a la vejez:

De hecho, si se considera al pueblo romano como un hombre y se examina toda su vida, cómo nació y creció, cómo llegó, por así decirlo, a una cierta sazón de juventud, de qué forma después alcanza su vejez, se encontrarían cuatro etapas en su proceso: la primera época de su vida, bajo los reyes, duró casi doscientos cincuenta años, en los que luchó con sus convecinos en tomo a la propia Ciudad. Tal sería su infancia. La siguiente, desde el consulado de Bruto y Colatino hasta el de Apio Claudio y Marco Fulvio, abarca doscientos cincuenta años en los que sometió Italia. Fue éste un período de extraordinario empuje por sus hombres valientes y sus ejércitos y, por tanto, se podría denominar su adolescencia. Luego, hasta César Augusto, transcurrieron doscientos años en los que pacificó todo el orbe. Aquí se advierte ya la juventud del Imperio y, por así decirlo, su sólida madurez. Desde César Augusto hasta nuestro siglo han transcurrido no menos de doscientos años, en los que, por así decirlo, empezó a envejecer y se arrugó por la indolencia de los Césares, hasta que bajo el reinado de

Trajano movió sus yertos miembros y, contra la esperanza de todos, la senectud del Imperio comienza a reverdecir de nuevo como si se le hubiese devuelto la juventud.
[Floro: *Epítome de la historia de Tito Livio*, 1, 4-8, Trad. Gregorio Hinojo e Isabel Moreno]

Obsérvense los equilibrios que ha de hacer Floro para compaginar ambas doctrinas: se habla de un "rejuvenecimiento" en época de Trajano, ¡como quien asiste a un milagro! Para el tiempo de Amiano Marcelino, en la segunda mitad del siglo IV, el asunto es ya pura contradicción y la conciliación poco menos que imposible. A continuación aportamos una traducción propia del capítulo 6 del libro 14, escrito ca. 390, en que se contraponen ambas ideas: subrayamos en rojo el uso oficial del adjetivo "eterno" o ideas afines ("destinada a vivir mientras existan los hombres", "perpetuos") y, en contraposición, el resumen biológico de la vida de Roma, desde la infancia a la vejez en que Amiano dice encontrarla. La descripción de ese momento ocupa el grueso de su texto, con una conclusión abiertamente pesimista:

*Entretanto, con poderes de prefecto, Órfito regía la Ciudad **Eterna** extralimitándose en sus atribuciones mucho más de la cuenta. Era un individuo sensato y sobremana experto en asuntos de abogacía, pero no brillaba por su formación literaria tanto como convendría a un hombre noble. Durante su administración, se produjeron graves revueltas por escasez de vino: el vulgo, alterado por un consumo inmoderado, se amotina enfurecido con frecuencia.*

Y puesto que tal vez algún forastero que, ójala, leyera estas páginas podría sorprenderse por el hecho de que, cuando mi narración se detiene a considerar lo que sucedía en Roma, no se hable de otra cosa que de revueltas populares, de tabernas y de otras bajezas semejantes, expondré sus causas de forma sumaria, sin apartarme jamás de la verdad por propia voluntad.

*En el tiempo en que, tomados los auspicios, viera la luz terrena Roma, **destinada a vivir mientras existan los hombres**, a fin de incrementar su fuerza con poderes celestiales, el Valor y el Azar, tan a menudo enfrentados, sellaron un pacto de concordia **eterna**: si uno de los dos hubiera faltado, no habría alcanzado Roma la cumbre. Desde sus primeros días de cuna hasta el final de su **infancia**, que abarca aproximadamente un período de trescientos años, el pueblo romano guerreó ante sus murallas. Luego, en la **adolescencia**,*

tras numerosos padecimientos bélicos traspasó los Alpes y la mar. Durante la *juventud y la madurez*, se trajo laureles y triunfos de todos los pagos que abraza el orbe inmenso. Ahora ya, que va para *viejo* y le debe sólo al nombre tantas veces la victoria, se retiró en pos de una vida más sosegada. Y así, la venerable Capital, después de haber sometido la cerviz orgullosa de tantos pueblos feroces, de darles las leyes, fundamentos y depositarios *perpetuos* de la libertad, igual que un padre sobrio, sensato y rico, cedió a los césares, como si fueran sus hijos, el derecho a administrar su herencia. Y, si bien ya hace mucho que las tribus reposan, las centurias están acuarteladas, no hay batallas electorales y ha retornado una seguridad pompiliana, por todas las esquinas y confines de la tierra Roma reina como ama y señora; en todas partes se reverencian la autoridad y las canas de los senadores, y se respeta y se teme el nombre del pueblo romano.

Pero daña este esplendor grandioso la frivolidad escandalosa de unos pocos, que no se dan cuenta de dónde han nacido; al revés: como si los defectos tuviesen bula, se abandonan a los extravíos y a la molicie. Habría que recordarles que, como enseña el poeta Simónides, lo primero que interesa a un hombre para vivir feliz y cabalmente, es una patria gloriosa.

Hay quienes, pensando que pueden inmortalizarse a base de estatuas, las ansían afanosamente, como si para ellos supusiese mayor recompensa una reproducción inerte en bronce que la conciencia de haber actuado con honestidad y rectitud. Y no se olvidan de que les echen un revestimiento de oro, una distinción que dicen se otorgó por primera vez a Acilio Glabrión cuando derrotó al rey Antíoco con la inteligencia y con las armas. Sin embargo, cuánto más hermoso es despreciar por pequeñas y insignificantes estas recompensas y aspirar, como dice Hesíodo, a alcanzar la verdadera gloria por el camino largo y difícil, eso ya nos lo enseñó Catón el Censor. Le preguntaron una vez por qué no tenía él una estatua si la tenían tantos otros, y respondió: "Prefiero que la buena gente se pregunte por qué no la merecí a que anden murmurando, y eso es peor, por qué la conseguí".

Otros, considerando que el colmo de la distinción es tener un carruaje mucho más grande de lo normal o una ropa llamativa, van sudando bajo el peso de las lacernas que se echan al cuello y que se abrochan casi en la garganta. Como están hechas de un tejido sutil en extremo, las despliegan a base de zarandeos sobre todo con la mano izquierda para que luzcan mejor y en toda su extensión los bajos de las túnicas, decoradas con diversos bordados que representan innumerables figuras de animales.

Los hay que, sin que nadie les pregunte, poniendo gesto de rigor, alardean hinchando su patrimonio, multiplicando a capricho las cosechas de unos campos feraces que presumen de poseer y tan extensos como el trayecto del sol, ignorando sin duda que sus antepasados, gracias a los cuales Roma adquirió tanta grandeza, no brillaron por sus riquezas, sino a cuenta de guerras crudelísimas, y que, sin distinguirse de los soldados rasos en pertrechos, víveres o indumentaria, superaron todas las adversidades con ayuda del valor. Por eso el ilustre Valerio Públicola recibió sepultura gracias a una colecta; por eso a la esposa de Régulo, que se quedó desamparada con sus hijos, la mantuvo el socorro de los amigos de su marido; o recibió del erario su dote la hija de Escipión, porque a los nobles les daba apuro que una doncella permaneciera virgen por culpa de la ausencia de un padre sin fortuna.

En cambio ahora, si, como corresponde a un forastero bien educado, te presentas para rendir saludo a alguien adinerado (¡y orgulloso de serlo!), te recibirá como si te hubiese estado esperando. Te hará muchas preguntas y, obligado a mentir, te admirarás de que un hombre tan importante te trate, la primera vez que te ve y siendo tú tan poca cosa, de una forma tan estrecha, que llegarás a lamentarte ante tan extraordinarias bondades de no haber venido a Roma diez años antes. Confundido por semejante amabilidad, cuando vuelvas a hacer lo propio al día siguiente, aquel mismo hombre parlanchín de ayer te hará sentir un desconocido pesado e inoportuno y, haciendo recuento de sus amistades, no terminará de aclararse sobre quién eres ni de dónde vienes. Cuando al final te reconozca y te acepte entre sus amigos, después de haberte impuesto la tarea de rendirle saludo diario durante tres años, si faltases tres días, volverás a soportar el mismo trato. No te va a preguntar dónde estabas y si no te apartas, desgraciado, te pasarás toda la vida frecuentándolo para nada. Pero cuando, espaciados a intervalos beneficiosos, empiezan a prepararse largos y aburridos banquetes, o la distribución de las solemnes espórtulas, se debate acaloradamente si, exceptuando aquellos a quienes se debe reciprocidad, conviene invitar a un extranjero; y si, tras una deliberación en regla, se decidiese hacerlo, se elegirá a un vigilante de las casas de los aurigas, o a uno que se gana la vida jugando a los dados o presume de estar al tanto de ciertos misterios. Por aguafiestas e inútiles evitan a los hombres sabios y comedidos, y a eso se añade que los nomenclatores, acostumbrados a traficar con este tipo de invitaciones, a cambio de dinero inscriben para los regalos y las comilonas a falsos clientes sin cuna ni nombre.

Para no extenderme, ahorraré al lector la prodigalidad de las mesas y la tentación de las diversas exquisiteces, y pasaré al hecho de que algunos circulan por las amplias y

desconchadas avenidas de la Capital, sin ningún temor por el peligro, arreando a sus caballos con la prisa de los correos y sacando chispas de los adoquines, como quien dice. A su espalda remolcan retenes de esclavos con aspecto de bandas de atracadores y no se dejan en casa ni al Sannión de la comedia. Muchas damas les imitan y se dedican a deambular por todos los rincones de la Capital con la cabeza cubierta y en litera cerrada. Los estrategas militares lanzan por delante nutridos tropes, luego, armas ligeras, a continuación lanceros y por último, si la suerte lo exigiese, batallones de refuerzo. Del mismo modo, a una orden de los responsables de la servidumbre de la Capital (desentendidos de sus obligaciones y a quienes hace bien identificables la fusta que empuñan con la derecha), hasta el último remendón se deja caer por delante del vehículo; se les une el servicio de cocina renegrado, y después todos los criados sin distinción, a los que se suman los vecinos ociosos del barrio. Por último se allega una muchedumbre de eunucos, desde los viejos hasta los niños, demacrados y con deformaciones por todo el cuerpo, de tal forma que, por dondequiera que uno vaya, al encontrarse con batallones de seres mutilados, se le hace detestable la memoria de aquella reina Semíramis que fuera la primera en castrar a los machos jóvenes con idea de insuflar energía a la propia naturaleza e impidiéndole así seguir su curso prefijado. Porque la naturaleza misma nos señala (uno más entre los sonajeros de recién nacido) que son las fuentes innatas del semen, como si se tratara de una ley no escrita, las vías para perpetuar la especie.

En estas circunstancias, unas pocas casas célebres antes por su seria dedicación al estudio, se desbordan hoy en diversiones de un melindre embrutecedor, en sonidos guturales y zumbido de cítaras. En suma, en lugar del filósofo, convocan al cantante y en vez del orador, al experto en artes escénicas; clausuradas perpetuamente las bibliotecas, como si se tratase de sepulcros, fabrican órganos hidráulicos, liras del tamaño de carruajes, flautas e instrumentos no precisamente ligeros para acompañar la mímica de los histriones.

Se ha llegado, en fin, a un grado de indignidad tal que, no hace tanto, cuando, por culpa de la temida escasez alimentaria, se expulsó a los extranjeros de la Capital, mientras se despachaba a algunos hombres dedicados a los estudios liberales sin darles un respiro, se retuvo a los miembros de las compañías de mimos -lo fueran de verdad o lo simularan a tiempo- y a tres mil bailarinas que ni siquiera fueron interrogadas, junto con los coros y otros tantos profesores de danza.

También es posible contemplar, adondequiera que vuelvas los ojos, a un buen montón de mujeres con el pelo rizado que por su edad, si estuviesen casadas, habrían

podido parir ya tres hijos, gastando los adoquines con los pies hasta la hartura, lanzándose a hacer piruetas como si tuviesen alas mientras representan números ideados para la escena teatral.

Lo que no admite dudas es que, en los tiempos cuando Roma era morada de todas las virtudes, la mayoría de los nobles se esforzaban por retener a los forasteros libres con toda clase de muestras de cortesía, igual que los lotófagos de Homero con la delicadeza de sus bayas; ahora, en cambio, los vanos humos de algunos consideran desdeñable cuanto ha nacido fuera del recinto de la Capital, si exceptuamos a quienes no tienen descendencia o están solteros: la prodigalidad con que se trata en Roma a las personas sin hijos es inimaginable.

Y puesto que allí, como corresponde a la capital del mundo, las enfermedades se ensañan con un poder tal que no hay medicina capaz de aliviarlas, han decidido, como medida preventiva, no visitar a ningún amigo afectado por semejantes males. Los más cautos añaden un remedio eficaz: envían a sus siervos a informarse sobre cómo van los conocidos víctimas de la enfermedad y no les dejan entrar en casa sin haberse purificado antes el cuerpo con un buen baño. Hasta tal punto se teme el contagio, incluso visto por ojos ajenos. Y sin embargo, aun cuando con tanto rigor se aplican estas medidas, si se les ha invitado a una boda en la que se reparte oro a la rebatina, se ponen en camino diligentemente aunque tengan las articulaciones doloridas y haya que ir hasta Esopo. Estos son los hábitos de la nobleza.

En cuanto a la muchedumbre más baja y miserable, algunos pasan la noche bebiendo vino en las tabernas y no pocos se refugian al amparo de los entoldados que, a imitación de la molicie campana, se colocaron por vez primera en el teatro cuando Cátulo fue edil; o bien juegan agresivamente a los dados mientras hacen restallar las narices con un sonido indecente al inspirar; o bien (y ese es el mayor de todos sus afanes) se pasan el día del amanecer al atardecer, aguantando el sol o los chaparrones, estudiando al detalle los méritos o los defectos de los aurigas y sus caballos. Y es algo impresionante ver a una multitud innumerable, inyectada de exaltación, pendiente de las carreras de carros.

Todo esto hace imposible que en Roma suceda algo digno de mencionar o recordar en serio.

Como coda, podemos añadir una visión del final de los finales: la representación alegórica de la Roma decrepita que hace Sidonio Apolinar en su *Carmen* 7, 45ss. Se

trata de su primer panegírico, dedicado a investidura consular de su suegro Aviano el 1 de enero de 456. Después de que Genserico hubiese arrasado Roma el verano anterior, ya no hay en el horizonte ninguna esperanza de rejuvenecimiento:

(...) arrastra/ Roma cansado su andar, cabizbaja y con cuello encorvado/ lleva la faz; desde el cráneo le cuelga el cabello, cubierto/ de polvo, que ya no de hielmo; su escudo achacosos golpean/ sus pasos y es peso -no miedos- lo que ahora su lanza acarrea.

[Trad. de Jesús Hernández Lobato]